

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 9 NRO 95 ENERO 2024



ÁLVAREZ BENAVENTE CALDERÓN CASTRO ALFARO
CONDORGALLO GCAMA CRISTINA H CURUTA YUCRA
DE ESPINOSA DUQUE FERRERAS GARCÍA GONOROWSKY
GORÓSTEGUI KAMINSKI NÁPOLES BORGES PALLARES
RAMACCIOTTI RENGEL RIVERO CHAPARRO SALDÍVAR
SILVA SANTISTEBAN SPINOZA VELARDE
VILLANUEVA PARAVICINO

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 9 NRO 95 – ENERO 2024

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY FREEPIK

PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

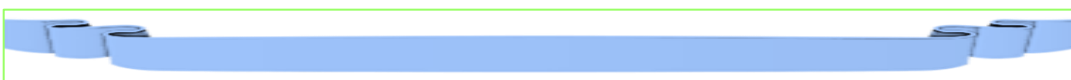
E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

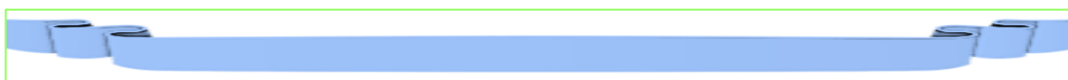
ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>LAS BLANCAS MUEVEN PRIMERO J.R.SPINOZA</u>	<u>7</u>
<u>LA SEÑAL DE LOS ASTROS GERARDO ÁLVAREZ</u>	
<u>BENAVENTE</u>	<u>15</u>
<u>NOVELAS ROMÁNTICAS LARISSA CALDERÓN</u>	<u>22</u>
<u>YO ES OTRO ANTONIO LINO RIVERO CHAPARRO</u>	<u>28</u>
<u>PAPÁ NOEL ELOY KAMINSKI</u>	<u>33</u>
<u>CUESTIÓN DE LATERALIDAD OSWALDO CASTRO</u>	
<u>ALFARO</u>	<u>40</u>
<u>UNA HISTORIA CURSI ACONTECIDA UN VIERNES</u>	
<u>JOSÉ LUIS VELARDE</u>	<u>48</u>
<u>A OTRA COSA. MARIPOSA CARLOS ENRIQUE</u>	
<u>SALDÍVAR</u>	<u>51</u>
<u>LA DEL VESTIDO VERDE (UN CUENTO DE LA</u>	
<u>ABUELA) SIXTO PALLARES</u>	<u>54</u>
<u>EL CUMPLEAÑOS DE UN PERIODISTA FRANCOIS</u>	
<u>VILLANUEVA PARAVICINO</u>	<u>60</u>
<u>UNA LLEGADA TARDÍA MARÍA DEL CARMEN</u>	
<u>RAMACCIOTTI</u>	<u>63</u>
<u>DANZA JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>68</u>
<u>CON MIS SENTIDOS LUIS DUQUE</u>	<u>72</u>



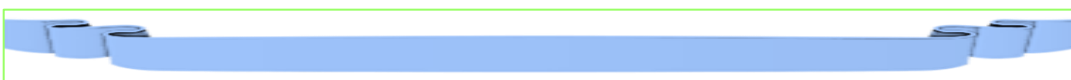
<u>LAS MARIPOSAS DESAPARECIERON, O QUIZÁS NO</u>	
<u>NURIA DE ESPINOSA</u>	<u>79</u>
<u>DE UNA CARTA FRANCA CÉSAR SILVA SANTISTEBAN</u>	
	<u>87</u>
<u>LA MALDICIÓN DEL ANILLO DESTINY JORGE LUIS</u>	
<u>CONDORCALLO CCAMA</u>	<u>93</u>
<u>LA MADRE IÑAKI FERRERAS</u>	<u>100</u>
<u>ÉRASE UNA VEZ UNA GATA LUIS J. GORÓSTEGUI</u>	
	<u>107</u>
<u>ODIAR TAMBIÉN SIGNIFICA AMAR CRISTINA H.</u>	<u>118</u>
<u>NOCHE DE LUJURIA CLARA GONOROWSKY</u>	<u>127</u>
<u>DICIEMBRE SIN TI AMALIA RENGEL</u>	<u>130</u>
<u>REGALO HILDA CURUTA YUCRA</u>	<u>136</u>
<u>LA ESFERA KABUGI JUAN E. NÁPOLES BORGES</u>	<u>139</u>





LAS BLANCAS MUEVEN PRIMERO

J. R. SPINOZA



C oloco mi mano izquierda alrededor de su cuello. Con la derecha levanto el cuchillo.
—¡Hazlo ya! —me suplica. Lo clavo con fuerza en su pecho, una, dos, siete veces. Deja de moverse.

Esta mañana me levanté como todos los treces de octubre y limpié la casa. Almorcé con Gary huevos con frijoles y nos pusimos a ver una película juntos. La misma rutina durante seis años. Preguntas como: “¿por qué estás tan amoroso conmigo?, ¿por qué puedo faltar a la escuela?, ¿por qué sólo viene este día?”, había dejado de hacerlas con el tiempo. Lo único que sabía era que celebrábamos su triunfo contra el cáncer. Una victoria para la vida.

A las doce y media llegaba mamá. Su cabello había pasado del negro al gris en los últimos años. Aun así, se veía llena de fuerza, con su blusa azul marino y su pantalón beige.

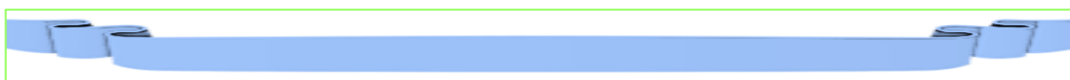
Le di a Gary algunos billetes.

—Para que pagues la comida y el resto para los juegos.

Era tradición que mamá lo llevase a la pizza. Gary me abrazó y se adelantó al auto. Pensé en un chiste que escuché en un stand up. No recuerdo la historia, pero terminaba con: “si quieres que tu hijo adolescente te abrace, dale dinero. No falla”.

—¡Te amo! —le grité a la distancia, él ya estaba arriba de la camioneta y se despidió de lejos.

—Me saludas a Emily —dijo mamá. Al principio se emocionaba de verme salir con alguien, pero poco a poco captó



que nuestros encuentros no eran románticos. Ese sexto sentido que tienen las madres para saber cosas que no se han dicho. Quizás ese mismo don le advirtió no indagar más a fondo. Salí al patio a ver que dieran vuelta a la esquina. Revisé mi reloj: 12:45 pm.

Entré a casa, directo a mi habitación. Saqué el tablero de ajedrez del cajón de mi buró y dispuse todo para una partida. Fui por pepinos al refrigerador, los lavé y los llevé junto con la tabla de picar, algunos limones y Tajín.

A la una en punto entró la muerte con un vestido que dejaba al descubierto sus hombros. Siempre de negro; los zapatos y el bolso a juego. Me preguntaba por qué muchas sectas le llaman “la niña blanca”. “Debe ser por su piel”, me respondí. La recibí con un beso en la mejilla.

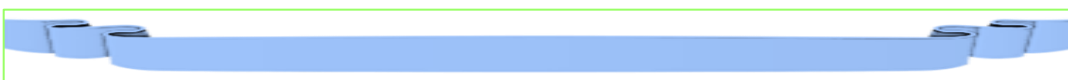
—Te ves muy linda, Emily.

—Gracias, me arreglé para verte.

Tomó una rebanada de pepino y la metió en su boca. Hizo gestos por lo amargo del limón, agarró poco más de la mitad de las rebanadas y las apartó hacia su lado de la mesa. Vertió Tajín sobre ellas y comió un segundo pedazo. “¿Sabías qué el snack favorito de la muerte es el pepino con limón y Tajín?”, había querido decirle a alguien tantas veces.

—Tú comienzas —dijo al tomar su lugar, siempre pedía las negras.

Moví mi peón a E4, lo que ella replicó con su peón E5, justo



frente al mío, como indicándome que esta vez iría con todo. Mi caballo saltó a G3 y el de ella a C6 como en una especie de juego espejo.

—No has usado tu defensa siciliana. —Mi alfil avanzó a C4 y ella contestó con el suyo en C5.

—¿Qué tal tu año, Agustín?

—Muy bien. Gary salió con promedio de 9.6 de la secundaria y acaba de entrar al bachillerato con especialidad en computación.

Protejo con mi peón en C3.

—¿Computación? Creí que tomaría contabilidad; ya sabes, como tú.

Ella toma su otro caballo y lo coloca en F6. Rompe el espejo.

—Dudo que quiera ser contador, a ese chico le encantan las computadoras.

Coloco el peón delante de la reina en D3.

—¿Qué tal el tuyo? —le pregunto.

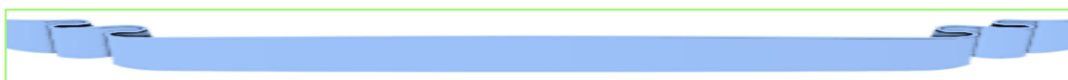
—Repetitivo. Llevo mucho tiempo en este trabajo, la verdad es que ya me siento cansada. Aunque hubo un par de cosas interesantes. Por ejemplo, conocí a Magnus Carlsen.

Mueve su caballo a G4.

—Me estás cuenteando.

—No sé por qué te sorprende, tarde o temprano conozco a todo el mundo.

—Pero él sigue vivo. —Percibo que estoy por perder una



torre.

—Se le atoró un hueso de pollo, ¿puedes creerlo? Comía alitas en su casa. Estaba por llevármelo cuando vi quién era. Le hice un trato. Jugaría con él hasta ganarle, y a cambio le sacaría el hueso de la garganta. Fue muy gracioso, porque como no podía hablar sólo asintió con la cabeza.

—¡Qué bien! —mentí—. Y, ¿cuántas partidas jugaron?

—Ocho o nueve.

“Bueno, con sólo ocho o nueve partidas, no pudo haber aprendido tanto”.

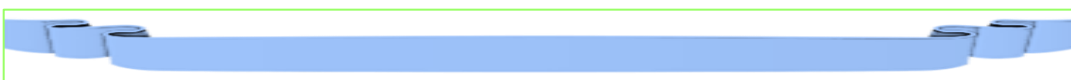
La primera vez que jugué con ella le gané al encerrar su rey con mi reina y las dos torres. Fue tan sencillo que creí no cumpliría con su parte del trato. Después regresaba cada año por la revancha, cada vez más avispada. De eso hacía cinco años.

—Debieron jugar por lo menos doce —dije al momento que capturaba uno de sus alfiles.

—Ocho o nueve mil —reveló antes de comerse mi reina—. Jaque.

De un momento a otro se había convertido de un juego nivelado a una posición ventajosa para ella. No sólo había capturado mi pieza más fuerte, sino que ponía en peligro a mi rey. Bloqueé su ataque refugiándome tras mi caballo, que no era lo más conveniente, puesto que lo clavaría, pero era la mejor de las opciones a mi disposición.

—Vi también a tu exmujer.



—¿A Isabel?

—Cáncer. La recogí en agosto —dijo tras capturar mi última torre.

—Ahora no tendré que mentirle a Gary: su madre está muerta —pensé en todas las veces que soñaba despierto. Ella entraba por la casa, me pedía perdón, yo la besaba y le decía que sí, se la presentaba a Gary y éramos felices—. Te... te dio un mensaje para nosotros... para Gary.

—Agustín, esperas demasiado de las personas. —Capturé su caballo y ella uno de mis peones. Los siguientes minutos imperó el silencio. El único sonido era el de las piezas al rozar el tablero de madera y el crujir de los pepinos en la boca de Emily.

—Es de caballeros rendirse, es claro que ganaré.

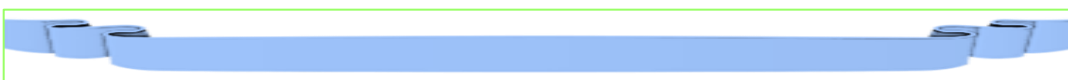
Emily tenía razón. Con cuatro peones, un alfil y un caballo, no tenía oportunidad contra su reina, torre, caballo y alfil. Más tres peones, que no había desarrollado aún.

—¿Qué pasa si me rindo? ¿Gary debe ir también?

—Un trato es un trato. Los dos o ninguno. ¿No lo recuerdas? —Lo recordaba muy bien. Las quimioterapias no funcionaban.

Yo estaba a un lado de su cama en el hospital, viéndolo calvo y deteriorado, cuando Emily entró a la habitación. De inmediato supe quién era. Se mostró impasible ante mis suplicas, hasta que le dije:

—Hagamos un trato —a la muerte le gustan las apuestas.



—¿Qué clase de trato? —dijo, dejándome escuchar su voz suave y refinada.

—Ajedrez —improvisé al ver el tablero en la mesita. Había jugado con Gary.

—No sé jugarlo, pocas personas mueren al jugar ajedrez. En cambio, se me da muy bien el paracaidismo, carreras de autos y boxeo.

—Yo te enseño.

—¿Harías eso por mí?

Le sonreí. Emily me resultaba agradable. De haber sido una mujer, una viva y normal, quizás le hubiese dado gusto a mamá. Pero ella era la muerte y trabajaba todo el día, todo el año, salvo el 13 de octubre de una a tres de la tarde. Ese día come pepino picado y juega ajedrez.

—Hay otra opción —dijo tras eliminar mi último caballo.

—Tú dirás.

—Si tuvieras un deseo, ¿qué pedirías?

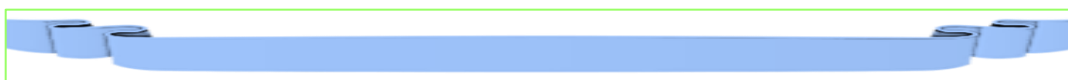
—¿Justo ahora?, ganar.

—Por favor, sabes que si ganas volveré el próximo año. Piénsalo, ¿qué pedirías?

La miré a los ojos, buscando algún indicio del porqué de su pregunta. Pero sólo encontré oscuridad. Reflexione unos segundos.

—Dejar de jugar por la vida de mi hijo cada año.

—Yo desearía descansar en paz.



—¿Descansar?

—No siempre he sido la muerte. Estarás de acuerdo conmigo en que los humanos tomamos decisiones muy tontas por amor.

—No te lo discuto —respondí. Ahora ella me sonreía.

—Yo amaba a este sujeto y él no me dijo que era la muerte. No, hasta que agonizando me reveló su plan. Y es que para odiar mucho tuviste que haberlo amado mucho. Me enamoró y se acostó con mi hermana. Yo estaba cegada por la ira. Y mientras moría, me confesó la maldición que el adquirió al matar a un hombre, que a su vez mató a otro llamado Caín, este último asesinó a su hermano. El recolector de almas es un asesino convertido en empleado.

—Entonces...

—Así es, no hay manera de que se salven ambos, pero quizá aún pueda vivir tu hijo. Jaque mate.

Tomo el cuchillo de la mesa al tiempo que me abalanzo sobre ella. Coloco mi mano izquierda alrededor de su cuello. Con la derecha levanto el cuchillo.

—¡Hazlo ya! —, me suplica. Lo clavo con fuerza en su pecho, una, dos, siete veces. Deja de moverse.

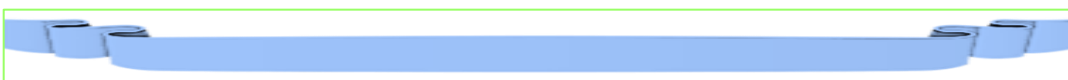
J . R . SPINOZA

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](https://www.instagram.com/winchesterrudy)

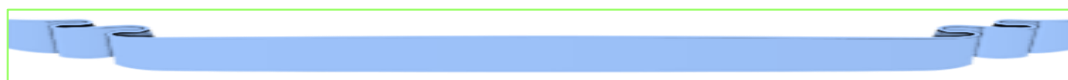
Twitter: [@r_spinoza](https://twitter.com/r_spinoza)





LA SEÑAL DE LOS ASTROS

GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE



El astrólogo, un hombre flaco, de barbita en punta y pelo cano miró por encima de sus anteojos gruesos. Como cada día se encontraba en la sala de techos altos esperando a sus clientes. Un ventanal con cortinas de encaje filtraba la luz del sol que daba sobre la mesa redonda de madera lustrada.

La consultante —una bonita mujer, alta, de unos treinta y cinco años— entró por la puerta y se sentó frente a él en la silla de respaldo alto de roble.

—Quiero que me haga mi carta natal, para saber qué me depara el destino y quiero saber si me voy a casar —enunció.

—Muy bien, señorita. Dígame su fecha de nacimiento: día, mes y año —pidió el astrólogo.

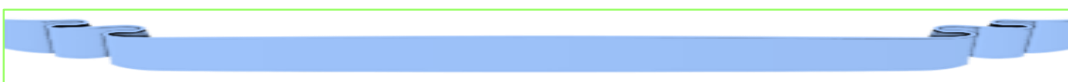
Ella se los facilitó.

—También necesito la hora y la ciudad donde nació —y procedió a anotarlos con una lapicera plateada. El astrólogo tenía una hoja pronta con un extraño círculo dividido en doce partes.

La observó con ojos penetrantes y luego le dijo:

—Para realizarle la carta debo consultar las efemérides, y hacer todos los cálculos, ver qué planetas influían en su destino al momento de nacer y de qué manera. Todo ello lleva su tiempo. Vuelva la semana que viene. Para entonces le tendré lista la carta con todos los datos y se los daré gustoso.

La mujer lo miró con sus ojos verdes y le pareció que no le era indiferente.



—Ahora debo pedirle una seña como pago provisorio.

La mujer abrió la cartera de cuero negro y le dio un par de billetes como adelanto por el trabajo. Luego, se levantó y con una amplia sonrisa se despidió del hombre mirándolo a los ojos y se marchó con paso firme.

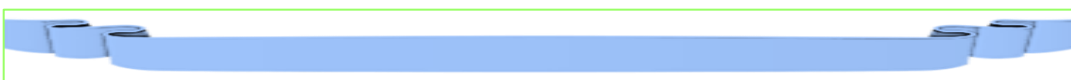
Esa noche y al día siguiente, él se dedicó a su tarea astrológica y comprobó que ella corría serio peligro. Según lo que aparecía en la carta, podría sufrir un atentado o un accidente fatal más o menos en esa época de su vida. Así lo consignaban los astros.

Revisó una y otra vez los datos para confirmar la posición de los distintos planetas. Marte aparecía en una casa desfavorable. Esto sumado a los otros planetas le aspectaban muy mal su futuro próximo.

Por esa razón, le pidió a uno de sus discípulos —un joven que estudiaba con él— para que verificara todos los cálculos. No quería cometer errores.

El joven le confirmó todas sus predicciones.

¿Debía advertirle sobre el peligro que corría? Si le iba a ocurrir algo debía alertarle para que, si el suceso era inevitable, por lo menos no fuera fatal. Pero debía tener cuidado en la manera que se lo comunicara pues no era la primera vez que, por no preparar adecuadamente a un consultante, éste iba derecho al encuentro de su destino. Podría ser contraproducente. Él sabía bien que hay dos destinos en la vida. Uno, es el que marcan los



astros y no puede ser cambiado. Pero existe otro destino que tiene que ver con las decisiones de la persona. A veces el conocimiento de los riesgos hacía que la persona cambiara una decisión y el suceso no ocurriera tal cual lo mostraba el horóscopo. Así se habían salvado muchos que con tino evitaron meterse en situaciones peligrosas y lograron vivir mejor. Pero por alguna razón, en este caso, él se sentía responsable.

Ella regresó a la semana siguiente, tal cual lo pactado. El hombre le leyó todo lo que salía en su carta natal y lo que le deparaba su destino. La mujer —hoy vestida toda de rojo— escuchaba atentamente lo que el astrólogo le decía y lo miraba como extasiada.

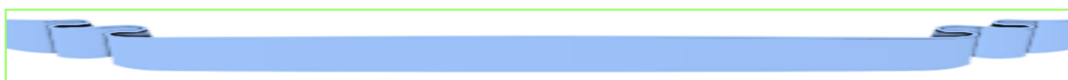
Él tuvo especial cuidado en no asustarla, pero sí que entendiera que debía prestar atención con quién andaba y a qué situaciones se exponía.

A ella eso no pareció preocuparle demasiado. En cambio, insistió en si podría casarse.

—Sí, —le aseguró él.

—Es que yo tuve un novio una vez... fue una experiencia muy triste... —declaró algo nerviosa— ...y no he encontrado a ningún hombre aún con quien poder compartir la vida... —volvió a mirarlo a los ojos.

—Muy pronto, por lo que aparece aquí, se puede ver que conoce a una persona que se complementa muy bien con usted y puede llegar a haber casamiento.



La mujer pagó el resto del dinero por el trabajo y se retiró como la vez anterior, con paso firme, luego de darle las gracias y mirarlo nuevamente con esos ojos color esmeralda.

El astrólogo quedó solo, pensativo. Ella le atraía mucho y le despertó un sentimiento de compasión enorme que le impelía a cuidarla.

Soñaba con ella. La veía morir en sus brazos. Se despertaba sudando para comprobar que no era más que un sueño.

Debía hacer algo. Pero no era bueno involucrarse con los clientes. Sin embargo...

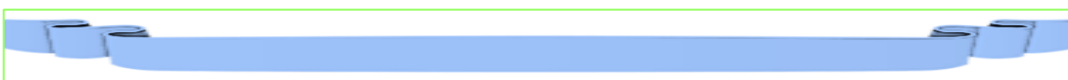
Él, era soltero. Comenzó a seguirla para saber cómo estaba. Había averiguado donde trabajaba y conocía sus horarios. Entonces, muchas veces, la vigilaba a cierta distancia para estar atento por si algo le ocurría.

Ella salía todos los días a las siete de la tarde del estudio notarial donde trabajaba.

Y él, la aguardaba generalmente en el antiguo bar que se encontraba en la esquina desde donde podía observarla llegar, a través de la ventana, mientras tomaba algún café.

Una tarde fría y gris, ella entró al bar a tomar algo y se sentó en una mesa cercana. Él, aprovechó para observarla más detenidamente a la tenue luz de las lámparas. Ella no lo vio en un primer momento. Luego, él se le acercó.

—Disculpe, señorita —le dijo. Estaba esperando a una persona que al parecer ya no viene y la vi a usted.



Ella se sorprendió un poco de encontrarlo allí, pero lo invitó a sentarse a su mesa.

Entre el bullicio de la gente que entraba y salía del bar y los mozos que iban y venían, charlaron un rato y él trató de sonsacarle algunos datos mientras bebían unas tazas de café con medias lunas.

Quería saber cómo estaba, si había conseguido a ese novio para casarse o no. Y sobre todo si no corría peligro.

Ella, tenía un amplio vestido floreado y usaba un maquillaje que la hacía ver muy atractiva con los labios bien rojos y delineados. Un poco de sombra en los párpados, remarcaban esos ojos verdes tan hermosos.

—Discúlpeme, pero se me está haciendo tarde y debo volver a casa —aseveró ella suavemente.

—Sí, claro, yo también debo marcharme. La acompaño hasta la esquina si no le molesta.

Ella lo miró y asintió.

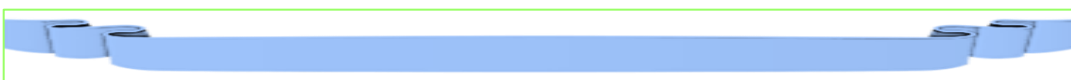
Él iba caballerosamente a su lado para protegerla mientras regresaban. Ya se hacía la noche y andaba poca gente por las veredas. Unos cuantos automóviles surcaban la avenida.

Al doblar la esquina se encontraron de frente con un hombre.

—¡Te dije que si te veía con otro tipo te iba a matar! —gritó.

—¿Qué haces aquí? —a ella le temblaron los labios.

El hombre la miró de arriba a abajo y acto seguido sacó un



revólver de su bolsillo.

La mujer se echó atrás pero su ex-novio ya fuera de sí abrió fuego contra ella. El astrólogo intentó interponerse entre ambos y el disparo le dio en un brazo.

Ella gritó horrorizada —¿Qué has hecho?

Sin mediar palabra, abrió fuego una vez más y la mujer cayó herida al suelo. Luego el hombre huyó rápidamente. Algunas personas se acercaron a las víctimas para auxiliarlas. Pronto llegó una ambulancia y se los llevó al hospital.

El astrólogo se recuperó luego de varios días, pero ella lamentablemente falleció. No la pudo salvar. Sin saberlo, la había llevado a su destino.

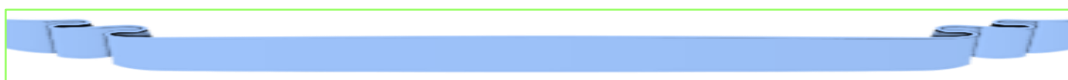
GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE

Uruguay

Facebook: [Gerardo Alvarez Benavente](#)

Instagram: [Gerardo Alvarez Benavente](#)

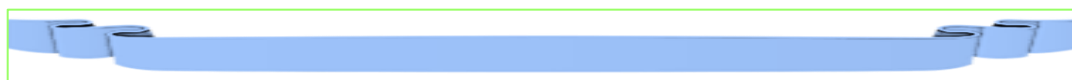
Blog: [miscuentos17.blogspot.com](#)





NOVELAS ROMÁNTICAS

LARISSA CALDERÓN



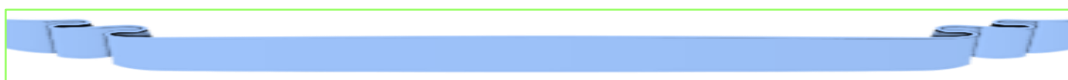
“

A

nadie nos gusta los niños gordos y tú lo eres y de sobra”. La maestra de quinto año se lo dijo a Isaac. Una mañana al regresar de la clase de educación física, el niño entró al salón bañado en sudor, las rodillas pegadas y tratando de recuperar el alma que se le iba como el aliento. Lo sentaba al fondo del salón junto a “la niña mitómana”. Esa era yo, me gané el adjetivo porque solía contar una versión algo distorsionada de la ausencia de papá. Vi, desde el auto, como lo mataban a tiros cuando cerraba el garaje para llevarme a la escuela. Les dije al inicio del ciclo escolar.

La diferencia entre Isaac y yo. Fue que yo logré avanzar hasta la primera fila juntándome con las niñas aplicadas y haciendo que mamá comprara un pastel, en una tienda muy fina de Coyoacán, para la maestra. En cambio, él se quedó exiliado en la parte de atrás. Ni una magistral interpretación del himno, ni sus dibujos y cuentos pudieron ganar el respeto de la maestra neurótica que tomaba vasos de agua caliente para quemar la grasa y bostezaba por la falta de azúcar.

En diciembre se organizó un intercambio. Después de repartirnos los regalos, la maestra pasó a cada pupitre para ver lo que nos había tocado, haciendo esos gestitos sutiles con una sonrisa completa que le arrugaba los ojos de aprobación o una más frecuente media sonrisa de desagrado. Cuando llegó al lugar de Isaac no hubo ni media sonrisa. “Mejor te hubieran regalado

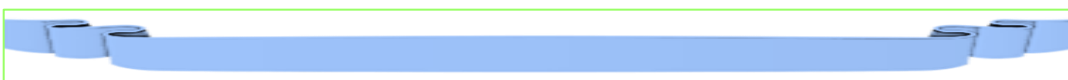


una hamburguesa con papas ¿verdad?”, le dijo y soltó el barquito de madera para pintar que le tocó. El niño tomó el barco y lo acarició con la mejilla, cerrando los ojitos, pensé que lloraría, pero no, sus ojos se abrieron secos. A mí me gustan los barcos más que las hamburguesas. Murmuró el pobre Isaac, pero la maestra ya no alcanzó a escucharlo. Ahí decidí hacer el proceso inverso para volver al pupitre de atrás junto a Isaac.

Le conté a una de las consentidas de la maestra, una niña con cara de luna, redonda, blanca grisácea, que mi papá en realidad no murió, se fue a fotografiar orangutanes de borneo y se quedó a vivir con ellos. Y son feos como tú. Le saqué la lengua y salí al recreo.

En el patio Isaac se alejaba de los balones y sus protagonistas para hablar de mares y playas, nos platicaba, a las niñas, de un marinero que llegó a Puerto Arista y se casó con la más bonita después de pasar tres pruebas. Estábamos absortas en la narración cuando llegó la maestra. “Deja en paz a las niñas, ponte a correr como los niños que buena falta te hace”. Luego se dirigió a mí para decirme que me esperaba en el salón. El marinero era su abuelo, la bonita su abuela, seguían juntos y lo bueno de sus historias es que eran verdad.

Como ya lo esperaba, la maestra me reprendió y como consecuencia me mandó al último pupitre junto a la pared y a lado de Isaac. ¿Cuáles eran las pruebas? Le pregunté. Isaac sonrió y así comenzó nuestra amistad.



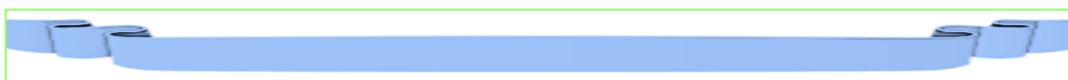
Éramos compañeros, amigos, cómplices, me hubiera gustado hacer más cuando la maestra o los compañeros lo molestaban; decirles que estaba mal, hablar con mi mamá o con los abuelos de mi ahora amigo. Mi madre trabajaba todo el día y lo único que le interesaba de mi escuela era que sacara buenas calificaciones. Isaac no quería preocupar a sus abuelitos. Además, parecía que mi amistad le era suficiente.

Yo no necesitaba inventar nada para impresionarlo, mi vida sencilla de niña de once años, hija única y sin padre, enamorada de los galanes de moda y fan de NSYNC, le parecía suficientemente impresionante.

Nos visitamos después de la escuela y nos extrañábamos los fines de semana y vacaciones que él pasaba con su papá en Cuernavaca. Así terminó el quinto año. Para sexto nos tocó el profe Luis, un maestro de buen corazón con quien, entre todo lo que nos enseñó, aprendimos a no molestarnos entre compañeros y nuestro valor en el grupo.

Aunque yo tenía otras amigas y él era más aceptado entre los niños, nuestra amistad continuó en las tardes de Playstation que le regaló su papá o las de películas en el DVD que compró el nuevo novio de mi madre. Ya habíamos elegido la secundaria a la que iríamos y rogábamos porque nos tocara en el mismo salón.

“No hagas más planes, nos vamos a vivir a Guadalajara con Oscar. Me voy a casar con él”. Dijo mi madre sin más. Su prometido tenía trabajo allá.



Isaac nos ayudó a subir las últimas cosas a la camioneta y se quedó parado afuera de la que fue mi casa; recuerdo que llevaba una camisa, pantalón de vestir y sus zapatos escolares; con una mano sostenía sobre el hombro el suéter que su abuela siempre le pedía llevar, la otra mano la tenía dentro del bolsillo. Me pareció ver lágrimas en sus ojos; yo también lloré en el asiento de atrás rumbo a una vida desconocida.

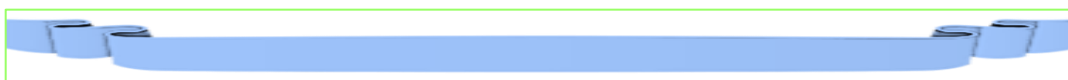
Esa fue la última vez que lo vi.

En el trabajo revisaba mis solicitudes de mensajes en el Facebook, había uno de él, sí, de Isaac, que decía: ¿Te acuerdas de mí? Y un largo texto de quién era, por si no recordaba.

Le pedí disculpas por no contestar antes, pero al no ser mi contacto no vi el mensaje. Enseguida contestó. ¿Qué has hecho en todos estos años?

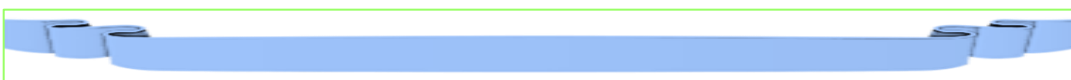
Quería decirle que me había casado, tenido hijos y divorciado. Que había viajado por el mundo. Que había escrito un libro sobre nosotros. O que encontré a mi padre. Pero la verdad es que sigo viviendo con mi madre. En mis prácticas profesionales conseguí una plaza de contadora en el ayuntamiento de Zapopan y eso he hecho todos estos años. La niña mitómana se volvió lectora de novelas románticas donde suceden cosas que nunca le van a pasar, con hombres que nunca la van a mirar.

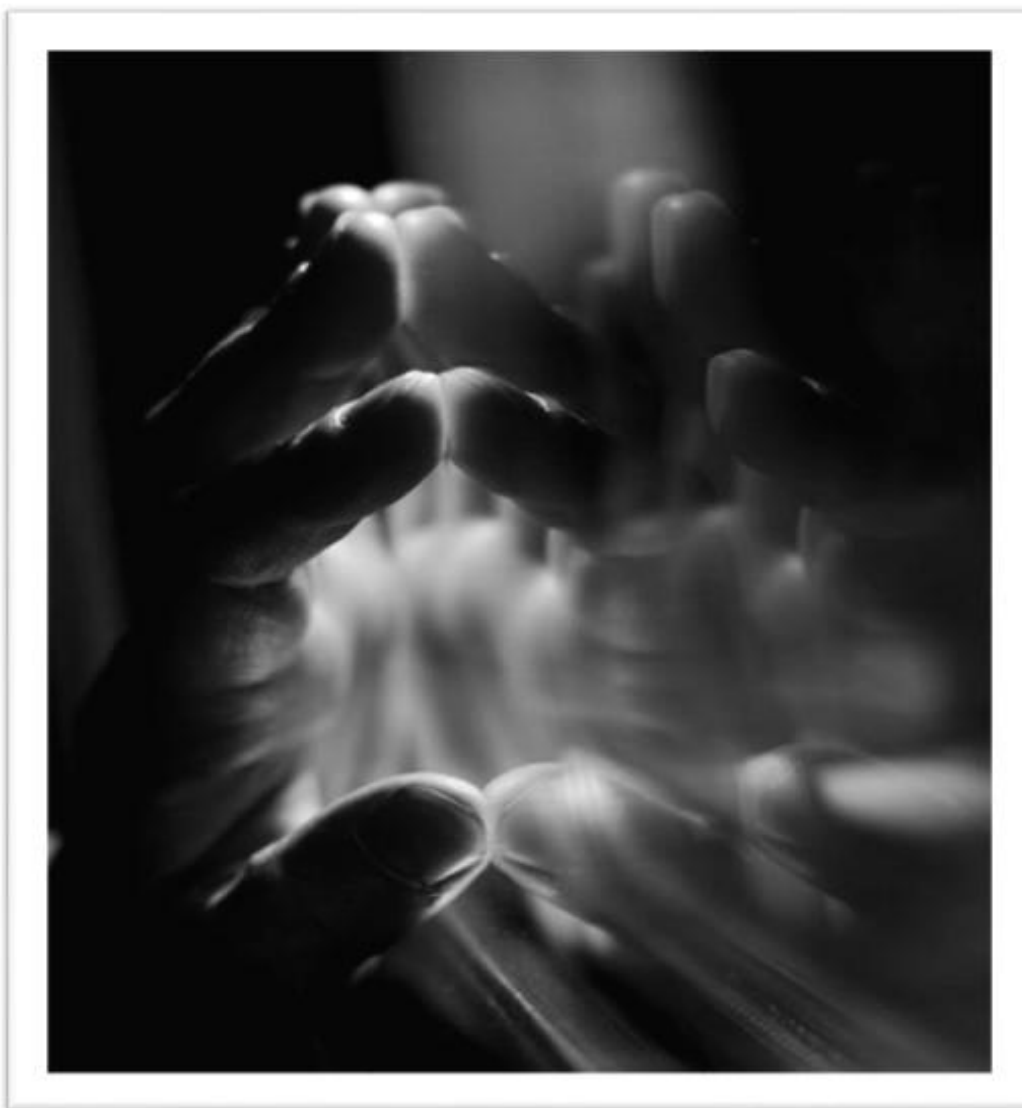
No me dio tiempo de escribir nada, porque él continuó: Estoy en Guadalajara. ¿Nos podemos ver? Y aquí estoy, en mi café favorito de la calle Reforma, esperando a Isaac. Llegué antes para



pensar en todo esto y en la posibilidad.

LARISSA CALDERÓN
México

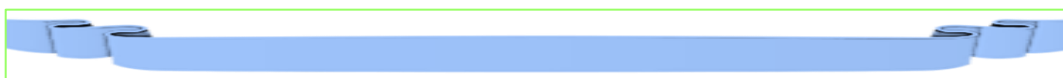




YO ES OTRO

ANTONIO LINO

RIVERO CHAPARRO



...todo sujeto no representa más que un pliegue gramatical.

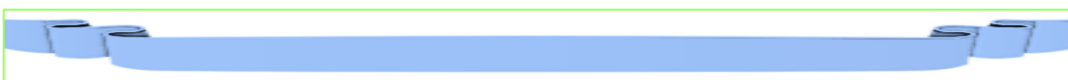
Michel Foucault.

Me desperté perdido, como si alguien, durante la noche, hubiera entrado sigilosamente en la habitación y me hubiese despojado. Este que despertaba no era yo, me sentía vacío tras el rapto nocturno; aunque pensándolo bien, quizá se tratara de una fuga, de una huida.

Sé que resulta difícil de entender lo que quiero decir, pero intentaré explicarlo. No es que perdiera la memoria ni la conciencia de mi identidad, no, yo sabía perfectamente quién era, pero ese yo ya no estaba conmigo. Así que me quedé tumbado en la cama con la mirada fijamente clavada en el techo, preguntándome por dónde empezar, qué hacer. Eran las seis de la mañana, la hora de levantarme y prepararme para ir al trabajo. Pero hoy no iba acudir a ningún trabajo, porque yo ya no era el profesor que, como cada día, impartiría sus clases en el instituto. No, no podía presentarme en el centro y tratar de ser el mismo de siempre, porque me sentiría un impostor. Ni siquiera llamaría para justificar mi ausencia.

Mi sensación, sin embargo, no era de angustia, sino de una extraña calma; una tranquilidad que hacía mucho tiempo que no experimentaba. De algún modo, me sentía liberado, aunque ignoro si el ser que me había abandonado era el preso o la jaula.

Decidí plantearme cómo iba a empezar este nuevo día y

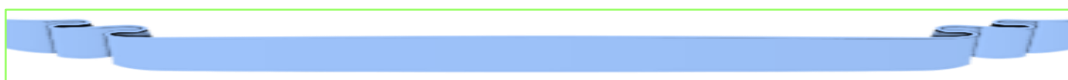


salté de la cama. Me vinieron a la mente, en tropel, una serie de rutinas concatenadas; un instinto maquinal le dictaba órdenes a alguien que ya no estaba allí para obedecer y que no se consideraba interpelado. Por mi cabeza discurría un caudal de obligaciones, de urgencias, un murmullo completamente ajeno a mí, una voz que, poco a poco, se iba ahogando hasta hacerse inaudible.

Comencé a recorrer la casa con la impresión de estar invadiendo un espacio que no era el mío. Estaba contemplando la intimidad de otro; los objetos en los que se cimentaba una vida privada permanecían callados a mi paso, sin contarme sus historias. La casa me resultó fría, deshabitada. Tenía que marcharme de allí.

Fue en ese instante cuando comenzaron los problemas de orden práctico. ¿Quién era ahora? El simple hecho de salir a la calle requería de una identificación y de unas pertenencias. No me quedaba otro remedio que suplantar a mi anterior yo, aunque me pareciese estar cometiendo un fraude. Tomé la cartera y saqué el documento de identidad, por el momento eso era todo lo que necesitaba para poder pasar desapercibido y atender a las necesidades de mera supervivencia.

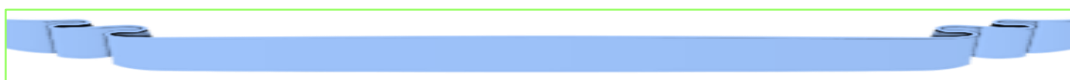
Es curioso, no me había parado a contemplarme. Me observo en el cristal de un escaparate y, me doy cuenta, de que ni siquiera me reconozco físicamente. Es como si también se hubiera operado un cambio en mi aspecto físico. El cuerpo sigue siendo el



mismo, pero me veo distinto, tal vez porque me veo con otros ojos. ¿Cómo nos ven los otros? Todo el esfuerzo que invertimos en nuestra apariencia y a la que adscribimos nuestra identidad, ¿realmente tiene un reflejo fiel en la mirada de los otros? ¿Estamos seguros de parecer lo que creemos ser? ¿De verdad es necesario tanto cuidado por nuestra imagen? ¿Quién le da forma a nuestros cuerpos? La ropa que vestimos, el peinado, los complementos que usamos, hasta la alimentación y los fármacos que mantienen los estándares de higiene y salubridad recomendables, están pensados por otro. Y, sin embargo, no dudamos de que ese es nuestro yo, aunque estemos siempre intentando parecernos a alguien, ¿a quién? ¿A un espectro creado por la publicidad, que no es más que la manifestación del delirio colectivo?

Por no hablar de todas nuestras ideas, creencias, conocimientos, todo esto a lo que llamamos saber, que no es más que una antorcha que el hombre ha mantenido candente desde que domesticó el fuego hace miles de años, transmitiéndola de generación en generación. Un acervo que solo adquiere sentido si lo enclavamos en la ficción del tiempo, esa gran ilusión. Y, en ese caos, concebimos nuestro proyecto de vida, sostenido en un discurso narrativo elaborado a través del lenguaje: pinturas rupestres, cuñas en tablas de arcilla, alfabetos, símbolos incomprensibles para cualquier otra especie.

Mi preocupación, ahora, es cómo sobrellevar el nacimiento de una nueva conciencia, la escisión de mi subjetividad. Una cifra



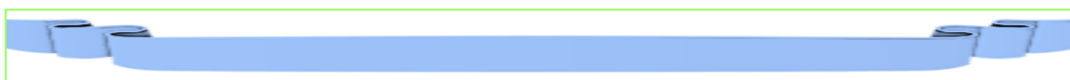
de guarismos me atribuye una personalidad, sujeto de derechos y deberes. Pero ese ser que podía acudir a un trabajo, obtener una remuneración con la que poder atender a sus necesidades, disfrutar de la propiedad de las cosas, poseer una identidad nacional, un idioma materno; en suma, ser alguien frente a sí mismo y a los demás, ese ya no soy yo. El que soy ahora solo tiene existencia en el pensamiento y el pensamiento solo adquiere cuerpo en el texto. Soy escritura y solo así me hago real.

ANTONIO LINO RIVERO CHAPARRO

España

Blog: <https://elblogdeantoniolino.blogspot.com/>

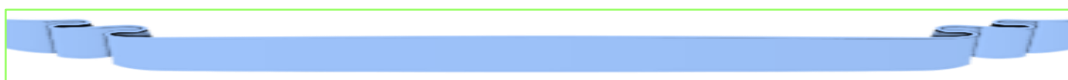
Twitter: [@Antonio_Lino71](https://twitter.com/Antonio_Lino71)





PAPÁ NOEL

ELOY KAMINSKI



“Q

uerido Papá Noel:

Esta Navidad quiero pedirte algo muy especial. No quiero juguetes, porque la verdad es que ya no me gustan, no me divierto jugando. Hace tanto tiempo que

no me divierto que ya no me acuerdo.

Había pensado en una bicicleta, para dar vueltas a la manzana y después ir al club. Pero tampoco. No es una bici lo que quiero. Lo que quiero es que me lleves a un lugar lejos, en las estrellas, un lugar seguro y escondido, donde no sienta sus pasos cuando se acerque a la puerta de mi habitación y el terror cuando escuche el picaporte que abre la puerta y el pánico que me deja frío cuando se acueste al lado mío.

Papá Noel. Esta Navidad quiero pedirte que, por favor se vaya para siempre el miedo que le tengo.”

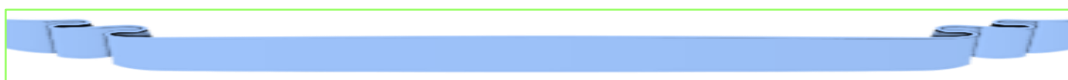
—¿Todavía crees en eso?

—¡No, yo no! Eso es para los más chicos.

David se quedó escuchando, un poco confundido. No sabía bien a que se referían, pero sentía un poco de temor, mezclado con la curiosidad de saber de qué hablaban.

—No, yo tampoco creo. Papá Noel son los padres. —Dijo el otro chico.

—¿Los padres?



—¡Qué! ¿No sabías?

—Pero, no puede ser. ¿Cómo qué son los padres?

—¡Ay, mira! ¡Éste todavía no sabe nada!

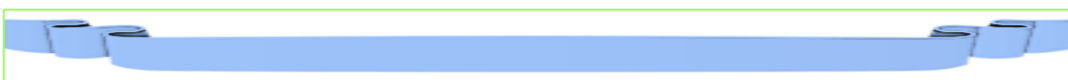
Y entonces, los más grandes se rieron y se burlaron de la inocencia de este chico, que aún creía en la magia y el encanto singular de la época navideña.

Mientras tanto, David seguía atento, escuchando cada palabra e intentando no creerlas, porque se llevaban la esperanza que anidaba en su corazón, con la misma pasión que el cielo anida las estrellas.

—¡No, pibe! Papá Noel no existe. Son tus viejos los que te dan los regalos. ¿Por qué crees que siempre te mandan a dormir antes de las doce? Para que no los veas poniendo los regalos en el arbolito.

David no pudo seguir escuchando. Se tuvo que ir. Se fue corriendo, abrumado y desesperado porque su última esperanza agonizaba en su interior.

Corrió, se cansó, transpiró y siguió corriendo. Cuando llegó a su casa tenía un plan, preciso y muy simple. Tenía que estar seguro, saber con certeza cuál era la verdad. Lo único que tenía que hacer era irse a la cama cuando sus padres se lo dijeran, obediente, como siempre. Pretender dormir, fingir el sueño hasta que sus padres se acuesten y después, con sigilo, salir de la habitación, esconderse detrás de las cortinas, y esperar a Papá Noel.



Llegó la noche navideña. David la aguardaba con impaciencia y con temor, con manos temblorosas.

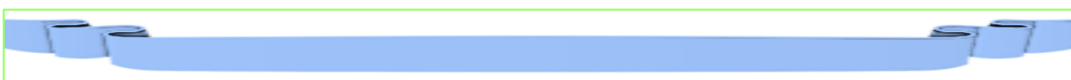
—Sí, claro. Me voy a acostar ahora —les dijo a sus padres cuando lo mandaron a dormir. Fue a su habitación, se puso el pijama y se cubrió con las sábanas. Sus ojos, desmesuradamente abiertos y su corazón palpitando furiosamente, inquieto, pero inmóvil. Esperó los minutos que se alargaban eternamente. Finalmente vio que sus padres apagaron el televisor y se fueron a dormir, sin pasar por su habitación para desearle las buenas noches.

El momento se acercaba, estaba ya muy cerca, y el temblor en las manos de David aumentaba, su impaciencia lo dominaba y el temor de descubrir un engaño se acumulaba en su interior.

Descorrió las sábanas y se quedó quieto por un momento. Intentando respirar con calma, caminó hasta la puerta que había dejado entreabierta para atravesarla sin ruidos. Caminó despacio, en silencio, las medias absorbían el sonido de sus pisadas. Cuando pasó por la habitación de sus padres descubrió, con alivio, que la puerta estaba cerrada. Con renovada confianza siguió hasta la sala de estar y se escondió detrás de las cortinas.

Ahora solo quedaba esperar.

Y esperó. Esperó horas que parecieron siglos hasta que pasó algo; ¿un ruido? No estaba seguro, pero algo había pasado. Su cuerpo se tensó y escuchó con atención. Nada. Todo era



silencio.

Pero entonces, otra vez. ¡Si! Un ruido arriba, en el techo. Ahora lo escuchó con claridad. Se estremeció de emoción, creyó escuchar el palpitante de su corazón que parecía explotar en su pecho.

Luego siguieron otros ruidos, más claros y cercanos. Evidentemente alguien bajaba por la chimenea. La emoción de David era incalculable. Escuchó el sonido de guijarros golpeando el piso de la chimenea y los vio desparramarse por la sala de estar. Entonces vio algo más, pero no supo que era. Algo apareció en la abertura de la estufa, donde estaría el fuego si fuese invierno. Descubrió que se trataba de una bota roja y luego vio una pierna saliendo de la chimenea. Entonces comprendió que ¡había llegado Papá Noel! La alegría lo inundó como un aluvión, estalló en su interior de una manera violenta y supo que su deseo sería concedido. Corrió a encontrarse con este personaje que, en poco tiempo, salió por completo de la chimenea y mientras se sacudía las cenizas de la ropa, extendió los brazos para recibir a David con un gran abrazo.

—Papá Noel. ¡Estás acá!

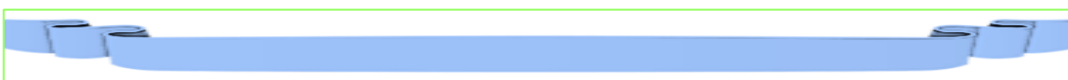
—¡Claro que sí, querido! Estoy acá.

—¡Entonces existes y eres real!

—Por supuesto que soy real, ¿quién puede dudarlo?

—Los chicos del club. Ellos dicen que Papá Noel no existe.

Que son los padres. Pero no es verdad. Ahora yo sé la verdad,



porque viniste, ¡estás acá!

—¡Claro que estoy acá! Esos chicos no saben nada.

—¡Pero, no trajiste regalos!

—Tú no me pediste regalos, ¿te acuerdas? Me pediste otra cosa, que te lleve a un lugar lejos de todo.

—¡Si! Por favor, Llévame lejos.

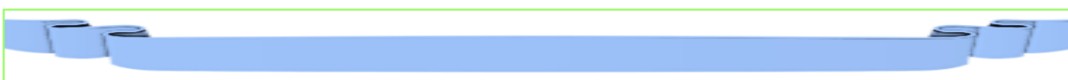
Entonces Papá Noel tomó a David de la mano y lo condujo nuevamente a su habitación. Lo acostó con cuidado y con ternura. Se acostó a su lado y cubrió a ambos con las sábanas.

David se sintió paralizado. De inmediato reconoció cada movimiento y cada olor del cuerpo que estaba a su lado. Sintió el sudor frío empapando su cuerpo, el pánico, la cárcel de sus seis años que le impedía escapar y defenderse, sintió las manos indecentes tocando su cuerpo, el dolor físico que atravesó su alma como un sable ardiente, la desesperación sin nombre.

Luego llegó el alivio, sintió ese cuerpo alejarse del suyo, esas manos pegajosas dejando su piel. Finalmente escuchó su voz cuando se acercó a su oído para murmurarle:

—Ahora me tengo que ir. Tengo que ir a visitar a los otros niños —Y dejó la habitación.

A la mañana siguiente, David despertó en su cuarto. Sintió las sábanas suaves contra su cuerpo. Inmediatamente sintió algo más, una presencia espeluznante. Con indecible temor giró la



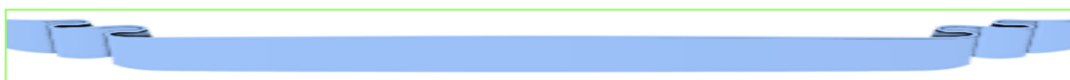
cabeza y descubrió a su padre, acostado a su lado.

Entonces cambio de opinión acerca de su regalo de Navidad y con apenas un murmullo dijo para sí mismo:

—Papá Noel, cambié de opinión. Ahora solo te pido que no visites a los otros niños.

ELOY KAMINSKI

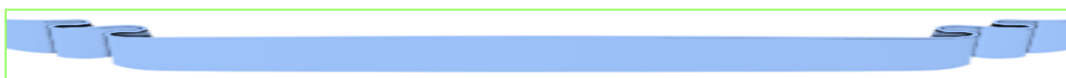
Autor del libro: “NATASHA”, disponible en Amazon.





CUESTIÓN DE LATERALIDAD

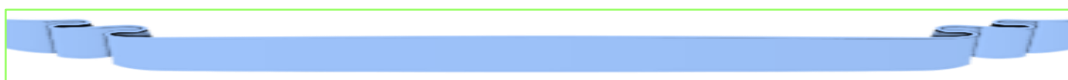
OSWALDO CASTRO ALFARO



Juancho intenta satisfacer la solicitud de los españoles. Le piden los fotografíe con la catedral de fondo. Se para frente a ellos para indicarles la mejor posición y encuadrarlos. Los turistas refutan la sugerencia aduciendo que se encuentran al medio y que se apure porque el viento de octubre los despeina, malogrando la composición de la escenografía. Juancho insiste en que se desplacen un poco más a la derecha para centrar el objetivo. Al no ponerse de acuerdo, los extranjeros agradecen su esfuerzo y lo dejan plantado frente al atrio.

Juancho se encoge de hombros y resta importancia al asunto. Escucha las campanadas del mediodía y camina hacia palacio de gobierno para unirse a la multitud que se apresta a ver el cambio de guardia. Disfruta el espectáculo y la úlcera duodenal despierta para protestar. La acidez estomacal lo urge a buscar el restaurant favorito para calmarla.

Juancho dibuja el perímetro de la Plaza Mayor y no lo ubica. Confundido recurre a un transeúnte, quien le informa que el establecimiento se encuentra a tres cuadras. Agradece y se dirige hacia donde le ha indicado. Al llegar se percata que el monumento a San Martín está fuera de sitio, lateralizado a la izquierda. Turbado por el desconcierto olvida almorzar y emprende el camino de vuelta a Jesús María. A bordo del taxi las agruras le recuerdan que está hambriento y debe aplacar al demonio ulceroso. También decide visitar al oculista para rectificar las



lunas de los anteojos.

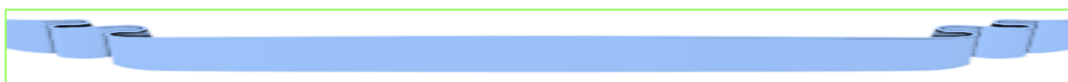
Juancho tiene dificultades para abrir la puerta de su casa. La cerradura se desplaza hacia los costados al tratar de introducir la llave.

—Qué curioso, tengo que ir urgente a la óptica.

Es necesaria la ayuda de un vecino para ingresar. Culpa a los lentes inservibles que usa y se burla de su torpeza. Juancho gira sobre los talones para ver las palmeras y la hiedra que enreda la reja de la casa del frente le levanta el espíritu alicaído por los fallos cometidos. El jardinero deberá recortarla porque está invadiendo la vivienda del costado, se convence antes de ingresar. Suspira hondamente y el mundo particular de su intimidad lo aguarda. Almuerza los olluitos del día anterior y resuelve el fastidio gástrico.

La tarde transcurre como de costumbre. Lee la revista adquirida en una librería del jirón de la Unión, ve televisión y echa la siesta de siempre. Al despertar se da cuenta que ha dormido en el lado de la cama que correspondía a su mujer cuando vivía. Al enviudar prometió respetar ese espacio para sentir su presencia invisible, vigilarle el sueño y estar atento a su cariño. El amor que tuvieron en vida fue tan intenso que renunció a uno nuevo, entregándose a los recuerdos y esperando sin apuro la muerte. Esboza una sonrisa y se convence que ella estuvo a su lado.

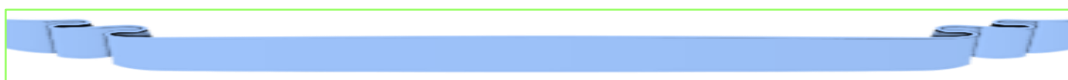
Al anochecer recibe la llamada reconfortante de su nieta y escucha la vocecita contándole las buenas noticias del día escolar.



Antes de colgar la llamada le envía la bendición de Santa Rosa de Lima. Se acuesta para soñar con su amada.

El frío de la madrugada despierta a Juancho para orinar. Se levanta y se estrella contra la pared al no ver la puerta que está medio metro a la derecha. Con la cabeza adolorida confunde la ubicación del inodoro y micciona fuera del mismo. Atarantado por el dolor retorna para retomar el sueño interrumpido. Muy temprano toma la ducha diaria y al pasar la mano sobre la barba de dos días decide afeitarla para estar presentable en el club de ajedrez. Mira el espejo y observa el moretón que adorna uno de los costados de la frente. Toca el lado equivocado y tiene que reorientarse para sentirlo. Abre el gabinete de baño donde guarda las medicinas y busca una crema desinflamante. La ubica en la esquina superior izquierda y la coge después de tres intentos. Antes agarró dos frascos de píldoras que no tienen relación con lo que busca.

Protegido por un saco de lanilla a cuadros, simulando los trebejos que domina y con la gorrita inglesa que oculta la calvicie, se dirige a disputar la final esquivia. Las primeras partidas las resuelve fácilmente y llega al encuentro decisivo. En el lado opuesto de la mesa está Juanito, el eterno rival y vencedor de los dos últimos campeonatos. Se retan con la mirada y saludan cínicamente. Juancho inicia la partida apretando el botón del reloj y moviendo el peón blanco. Juanito se defiende. Sus viejos amigos vitorean como colegiales y el juez ordena silencio. Una a una caen



las piezas y en el jaque final Juancho decide encerrar al rey enemigo moviendo el caballo a la derecha. Dispuesto a hacerlo escucha la indicación que le cambia la jugada:

—A la izquierda, Juancho.

La voz queda detenida en el suspenso. Gira la cabeza en ambos sentidos y solo ve a Juanito. Simula desperezarse levantando los brazos y escudriña en el silencio que gobierna el solemne momento de la definición. Se acomoda los anteojos y se da cuenta del error que iba a cometer. Con mano temblorosa coge el caballo y mata al rey negro. La ovación no espera y su nombre es coreado por los treinta asistentes. Juanito se levanta y le da la mano, felicitándolo.

—Pensé que metías la pata. Estaba seguro de ello y no sé por qué cambiaste de opinión.

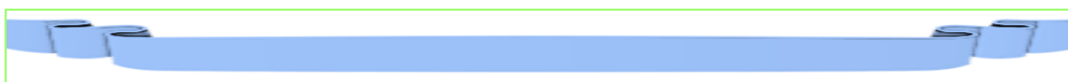
—Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

Finalizado el desafío y con un nuevo monarca, los amigos se divierten como jóvenes al ritmo de guitarra y cajón. Degustan un menú criollo frugal y acuerdan reunirse el próximo lunes para iniciar el campeonato de damas chinas.

Al salir del club Juancho confunde los taxis con automóviles particulares. Fastidiado porque no consigue uno escucha una voz a sus espaldas.

—Felicitaciones, don Juancho. Excelente jugada final. Ni yo mismo la hubiera imaginado.

—Gracias, señor, ¿es usted socio del club?



—No juego ajedrez, don Juancho. No soy muy inteligente para ese desafío.

—No se subestime. El ajedrez es solo un juego de posibilidades y ser mañoso con el contrincante. Una pregunta:

—¿Cuál?

—Si usted no juega ajedrez y no sabe nada de él, ¿por qué le pareció excelente mi jugada final?

—No lo sé, la verdad. Me dejé llevar por la algarabía de la gente.

—¿Usted vio la partida?

—En realidad, no.

—¿Me está tomando el poco pelo que tengo? ¿La vio o no? No me tome por tonto...

—Tiene razón, don Juancho. No quiero tontearlo.

—¿Entonces?

—¿Se ha dado cuenta, don Juancho, que su vida últimamente se ha puesto de costado?

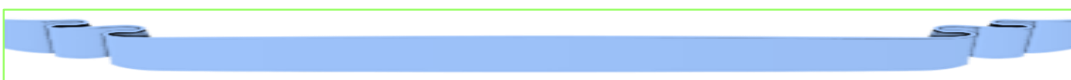
—Creo que sí. He tenido unas horas fuera de lugar, es cierto. Pero, ¿qué tiene que ver este asunto? Para mí es cuestión de actualizar la medida de mi vista.

—No es tan fácil, retírese los lentes, por favor.

Juancho acata la sugerencia y visualiza el mundo miope de todos los días al levantarse.

—¿Y?

—¿Estoy solo?



—Veo borroso...

—Es cuestión de segundos, espere.

—Veo que está acompañado, es extraño.

—No se asuste, colóqueselos nuevamente.

Juancho, con los lentes puestos, ve nítidamente la imagen adorada, aquella que respeta al momento de dormir. Siente la sonrisa de su existencia, centrada al lado del extraño visitante.

—Usted me confunde, señor, ¿cómo lo ha hecho?

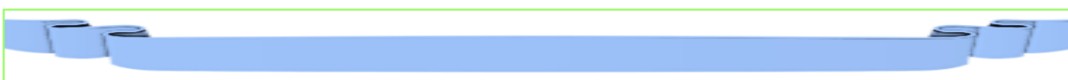
—No sé de qué habla, don Juancho. Tiene que agradecer a quien lo espera, nada más.

Juancho estira el brazo para el taxi. Ansía separarse del desconocido que lo confunde.

—El que viene es seguro. Tómelo con confianza.

Juancho lo aborda. Recorre las calles y sin inconvenientes abre la puerta de su casa al primer intento. Observa que todo está en orden, ubicado en su sitio. Coloca el trofeo ganado en la consola de bienvenida y el espejo del recibidor le devuelve su imagen. Revisa la herida nocturna y comprueba que la inflamación disminuye. Recorre el espejo, se ve escapando del escenario y comprende que muy pronto no se reflejará.

Juancho llama por teléfono a su nieta y le pide que venga con su mamá a visitarlo al atardecer. Toma asiento en el sillón de terciopelo, en el que escuchaba los boleros de su querer, con los que seducía y amaba al amor de su vida. Ve el camino justo, sin desvíos por ninguna esquina. Cierra los ojos cansados y aguarda

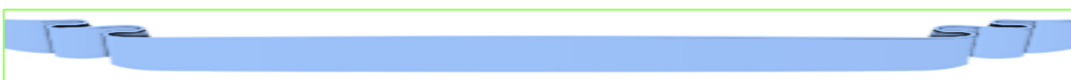


la mano cariñosa que siempre lo tomó, acompañándolo en el transitar de su existencia. Se duerme esperando a su nieta que vendrá a visitarlo en pocas horas.

OSWALDO CASTRO ALFARO

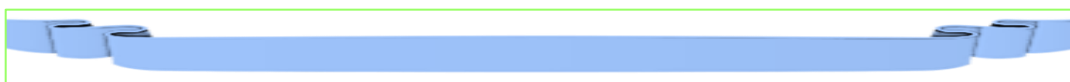
Perú

Facebook: [Oswaldo Castro Alfaro](#)





UNA HISTORIA
CURSI ACONTECIDA
UN VIERNES
JOSÉ LUIS VELARDE

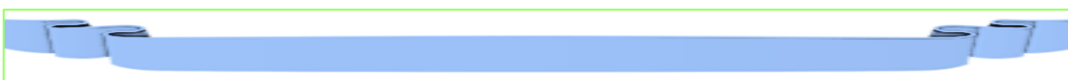


La ternura se adentra en calles por las que no se recomienda circular. Nadie lo puede impedir. A nadie le importa detenerla. A los quince minutos acumula una que otra impresión intimidante. Cambia de rumbo. Elige el este por la fluidez de tráfico y encuentra miradas de blindaje imposible de amedrentar con una sonrisa. Sigue una diagonal encaminada al suroeste y la ruta se revela tan espinosa como la anterior.

No hay rumbo en la Rosa de los Vientos donde logre librarse de las agresiones. Un empujón, un miramiento rabioso, acometidas multitudinarias, ruido siniestro, ofertas lúbricas, arrumacos aviesos y relámpagos incrustándose en los ojos como un tropel de tentaciones.

Quiere tomar una flor que le ofrecen y apretuja sequedad en vez de esperanza al descubrirla marchita. Descorazonada busca las calles conocidas para reincorporarse a la rutina que ya juzga propia. Despacio evade las últimas propuestas y los vistazos extendidos más allá de la ropa. Trata de no tropezar en los traicioneros recovecos de la acera. Avanza hasta la luz de una avenida cercana a casa y se adentra en ella como si llegara al paraíso.

Las miradas se suavizan. Lo directo se enmascara. Las apariencias inofensivas suelen ser las más crueles. El ruido vuelve a incrementarse en sus oídos. Sonríe y sus labios exhiben matices parecidos a los que se advierten en las calles por las que no se



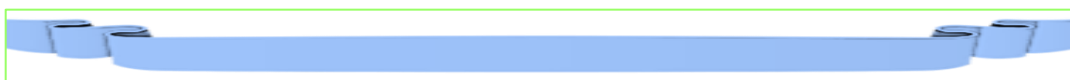
recomienda circular. Las personas que se topan con ella la evaden al notar en sus ojos profundidades poco abundantes en la avenida donde es más común la indiferencia.

La ternura no se inmuta y la lengua delinea los labios como si prometiera un beso aprendido a unas calles de distancia. Interrumpe el paso y da media vuelta sin fijarse en el tráfico. Embiste a una pareja. La encara. Frunce los labios exaltados y taconeá con decisión hacia lo oscuro.

JOSÉ LUIS VELARDE

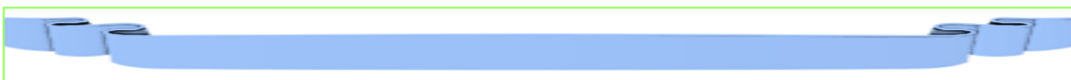
México

Página WEB: [Literatura virtual](#)

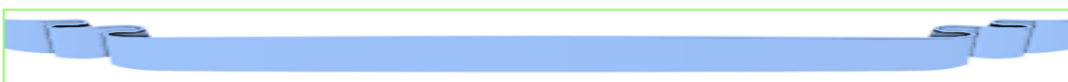




A OTRA COSA.
MARIPOSA
CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR



La mariposa era una de las más alegres que volaban en aquel inmenso parque donde casi todo era tranquilo; las personas respetaban la naturaleza, a los insectos. No obstante, ella era víctima de la envidia no solo de otras mariposas, sino también de varios artrópodos. Le decían: «A otra cosa, mariposa», pues nuestra protagonista deseaba hacerse una profesional en Botánica. Cada vez que miraba una flor, una hoja, un arbusto, le gritaban desde diversos rincones: «No es lo tuyo, a otra cosa, mariposa». Tanto la desanimaban que ella pensó que tal vez era mejor hacerles caso y se dedicó a ser un árbol, pero le incomodó que multitudes de seres la habitaran. Luego se aprestó a ser un gorrión, le fue bien un tiempo, sin embargo, se aburrió de su estado porque solo era un gorrión y nada más. Deseaba hacer una actividad valiosa, que aportara al mundo. «A otra cosa, mariposa», se dijo, y fue una mujer, la cual se sentaba en su escritorio y redactaba a mano interesantes historias, algunas muy cortas (no por ello menos brillantes), otras largas, de realismo, fantasía, sobre animales que hablaban, se transformaban para vivir experiencias fabulosas. Cuando la mujer (o la mariposa) se dormía, soñaba con los argumentos que le imprimiría a sus relatos. En uno de esos reposos soñaba ser una mariposa, que además se dedicaba a la Botánica. En el sueño, el animalito tenía una agradable vida como una profesional en el saber de las plantas y, cuando se dormía, soñaba que era una humana, con el poder de manejar la pluma



de formas tan brillantes, la cual poseía una casa, donde vivía sola y era independiente. Así, ella tenía dos vidas, ambas reales, ambas soñadas. Un par de ocupaciones que desempeñaba muy bien. Dos facetas logradas, por su dedicación.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

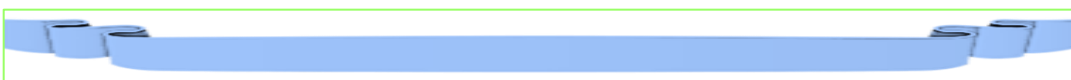
Perú

Enlaces a webs y redes sociales:

<https://el-muqui.blogspot.com/> <http://babelicus.blogspot.com/>

<https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>

https://www.instagram.com/carlos_enrique_saldivar/

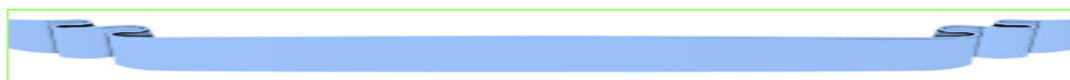




LA DEL VESTIDO VERDE

(UN CUENTO DE LA ABUELA)

SIXTO PALLARES (*)



A veces me consuela,
en el vacuo presente,
evocar en mi mente
los cuentos de la abuela...
Sixto Pallares, “Los Cuentos de la Abuela” (2023)

Cora aún lo recordaba. Su gallarda postura, su cabello castaño, sus ojos claros, lo profundo y viril de su voz.

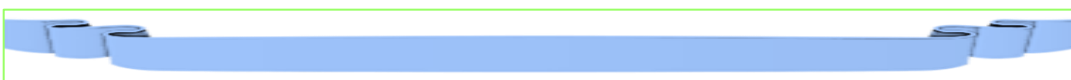
Recordaba cómo él había mirado hacia donde ella estaba, con su vestido verde. Cómo se había dirigido hacia ella, elegante en su traje gris. Le había pedido que bailase con él.

Cora se había estremecido con solo oírlo hablar. Su corazón conoció por primera vez “ese” latido, nuevo como cada ilusión, y sin embargo tan viejo como la Humanidad. Se sintió emocionada; y su emoción era extraña, desconocida y deliciosa.

Cora recordaba, y las lágrimas pugnaban por saltar de sus ojos. Miró, a través de la ventana, el cielo gris de aquella tarde invernal. Había llovido. “Más gris está mi alma —se sorprendió pensando—, y antes fue rosada”.

Sacudió la cabeza. ¿Y ese pensamiento? ¡Tonterías! Tonterías, como las ilusiones, como la juventud confiada, como la vida misma.

Una gota tembló en un pétalo de rosa. Vaciló, y por fin cayó. Una lágrima asomó entre pestañas grises, y resbaló por una



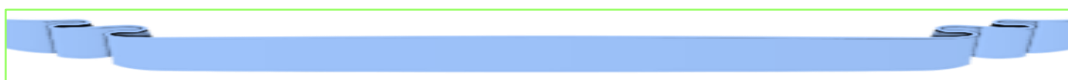
marchita mejilla. La gota que había caído de la rosa arrastró tras sí muchas más, que habían descansado en la corola afelpada. La lágrima, al caer, dio paso a un río de tristeza, nacido en lo profundo de unos ojos oscuros.

Su voz... El roce, la presión plena de vigor varonil de aquella mano... Cora, en medio de su llanto, recordó la expresión de felicidad y abandono de la cara de ella cuando el brazo de él le rodeó el talle, su mano se cerró sobre la suya, y él le habló.

En aquel momento, el alma de Cora vibraba en dulce sacudida de sus sentimientos, por lo que él había despertado en su corazón joven, virgen a aquellas sensaciones; en su espíritu, todavía calmo, en reposo, semejante a un lecho de blandas flores blancas, movidas tan sólo por brisas levísimas, de tibieza tranquila.

Al llegar él, la brisa se hizo viento, y las corolas blancas se agitaron a influjo de ese viento, y su color cambió: se tornaron rosadas. Era un viento de dulzura cálida, estremecedora. Era un color tan cálido y tan dulce como el viento.

El viento... El viento, afuera, en la tarde plomiza, soplaba. Con él traía frío, y polvo. Un polvo gris como el cielo, como la acera vacía de gente, de calor. Movía las ramas de los árboles, resacas y esqueléticas, semejantes a dedos de momias, sacudiéndolas, queriendo llevarse las escasas hojas amarillentas, despojos ajados de una verde majestad de otro tiempo. Al no lograrlo, descendía a la acera, hurgaba en los rincones, y levantaba las hojas ya caídas,



haciéndolas girar como si se movieran al ritmo de una música ejecutada por una orquesta de locos. Subían, bajaban, poniendo una nota castaña en la melancolía uniforme del cielo o del asfalto.

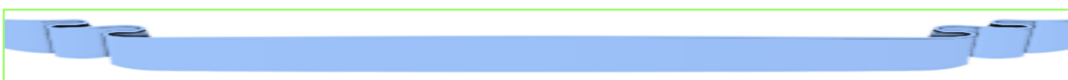
Las pupilas de Cora siguieron, obsesionadas, los giros de las hojas, hasta que unas se perdieron de vista y otras descendieron, con cierta patética gracia de ancianas, en un charco de aguas turbias.

Cora sintió húmedos los ojos otra vez. En cierto modo, pensó, ella se parecía a aquellas hojas. Su alma había volado, impulsada por las alas mágicas de un sentimiento, y había girado en loca carrera, para terminar, naufragando en aguas grises. Abatió la frente. Hacía tanto tiempo...

Después se fijó en una gota, interpuesta entre sus ojos y el cielo, que pendía de una hoja. “Es bella”, se dijo Cora. Y con amargura: “Brilla como en un tiempo más dichoso brillaba mi mirada. Parece una piedra preciosa”.

En ese momento la gota se estiró, tembló, y no se vio más, perdido su brillo al aplastarse en la calzada oscura. Cora apartó la vista y volvió a sus recuerdos.

Aún lo recordaba... Sus ojos se extasiaban en aquellas facciones de inefable encanto varonil. Se demoraban en la contemplación de las ondas del cabello brillante; se complacían en observar la recta nariz, un poco ancha; se embebían en el dibujo recio y a la vez dulce de la mandíbula. El corazón le retumbaba en el pecho; en aquel pecho suyo, que ya era de mujer, porque ya era



lo bastante grande para albergar tal sentimiento... El brazo de él rodeaba la cintura de ella, por encima de su vestido verde, como protegiendo y aprisionando a la vez; y ella estaba feliz.

El llanto ahogó a Cora, en súbita, emocional violencia. Toda su congoja se resumió en el caudal traslúcido que brotó de sus ojos. Estos, que habían resplandecido una vez por obra del amor, lucían ahora otro brillo distinto: el que provoca el dolor.

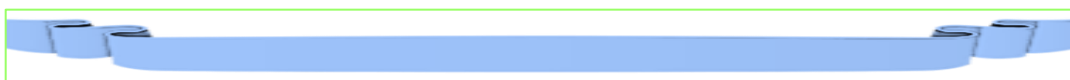
Pero en los ojos de ella no había habido lágrimas cuando, al terminar la danza, él le había hablado al oído, y habían salido juntos a la terraza, el traje gris y el vestido verde. Cuando, bajo el telón de oscuro azul, salpicado de brillos de lejanísimas estrellas, y perfumado con los aromas de una noche de estío, él, con sus manos circundando las de ella, le declaró su amor y la besó.

No, no habían llorado aquellos ojos, chispas de luz negra sobre el verde vestido, cuando, junto a su oído, él murmuró:

—¿Me quieres, Isabel?

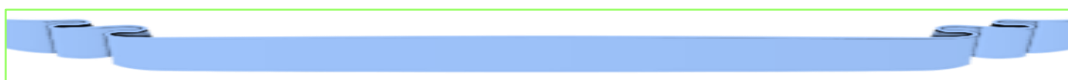
Los ojos de Cora estaban ahora secos. Porque el llanto, se dijo, no servía. Ante el dolor, la desdicha, ¿de qué vale llorar? Ya no lloraba, pero en su corazón, como afuera, en la calle, todo era frío y gris.

Pues aún lo recordaba. Su gallarda apostura, su cabello castaño, su voz, el beso de sus labios..., todo, fue para la otra, la del vestido verde, mientras Cora todo lo veía desde lejos... y sufría..., como sufría ahora, al recordarlo en sus años postreros.



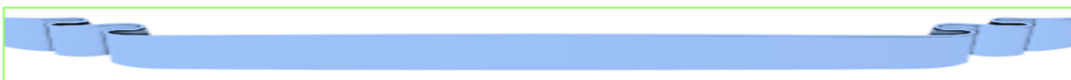
(*) “Sixto Pallares” es un seudónimo de Carlos M. Federici.

SIXTO PALLARES
Uruguay





**EL CUMPLEAÑOS DE
UN PERIODISTA
FRANCOIS VILLANUEVA
PARAVICINO**



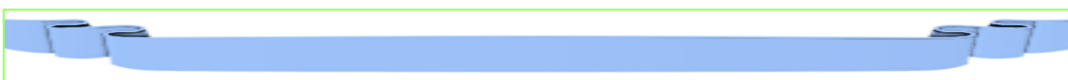
La vida se ha vuelto barata, y la vida no es barata. La vida es
una cosa condenadamente valiosa.
WILLIAM FAULKNER

A las tres de la madrugada, luego de despedirnos del cumpleaños y del resto de invitados —apenas éramos nueve personas—, decidimos ir a cenar. Era un miércoles cualquiera y no había taxis, así que decidimos ir a pie hasta el centro de la ciudad, a unas cuadras de donde estábamos.

—Hubiese preferido que vengan más periodistas. Así tendría más contactos cuando no tenga trabajo —le dije a mi primo que me doblaba la edad. Yo hace poco había ingresado a la carrera de Ciencias de la Comunicación y, además, soñaba con algún día publicar un libro de relatos.

—Ja, ja, ja. No te diste cuenta... Todos eran periodistas...

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso eres! —dije sonriente, incrédulo—. Mario me dijo que era ingeniero, que por viajar mucho su mujer la engañó. Ella se fue con su hijo. Ahora le pasa la manutención. Rebeca me dijo que era su colega, una ingeniera que hacía prácticas en la misma obra de Mario. Ella me dijo que estimaba mucho a Mario, pero como amigo. Suárez me contó que estaba desempleado, que se recurseaba en los trabajitos que le dejaban sus amigos. Delio se ufanó de que era un próspero empresario, hasta me miró de modo soberbio. Además, lanzaba una risita de burla hacia mi persona, yo creo que malintencionada. Pedro me



explicó que enseñaba redacción en la universidad. Él me cayó simpático. Parecía humilde y, también, el más listo de la fiesta. Con la Maruja, que se sentaba al lado de Braulio, el cumpleañosero que ya estaba borrachazo, no conversamos mucho, pero entendí que era su pareja. De razón a Braulio se le notaba feliz, alegre, contento. Al final resultó, a mi parecer, que él era el único periodista —continué a la defensiva.

—No, tonto, ellos son periodistas. No sé si te mintieron, pero creo que también ejercen dos carreras. Tienen sus programas en vivo en las redes sociales, hacen trabajos de investigación periodística, trabajaron y trabajan en la prensa y en la televisión.

—¿Y por qué ocultarían que son periodistas? —dije y me detuve inquietado.

Mi primo se detuvo. Su rostro tenía una expresión enigmática, misteriosa, que, al final, me provocó un mal presentimiento, desolador.

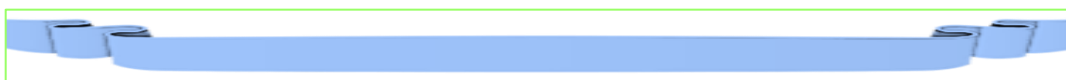
FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/123FrancoisVillanueva123>

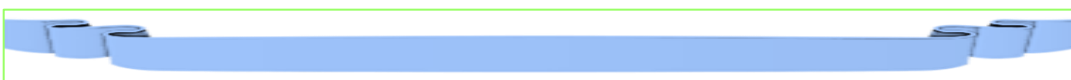
Instagram: <https://www.instagram.com/francoisvillanuevaparavicino/>

TikTok: <https://www.tiktok.com/@francoisvillanueva21>





UNA LLEGADA
TARDÍA
MARÍA DEL CARMEN
RAMACCIOTTI



Mi nombre es María Cristina Lagares. Me desempeño como gerente en una empresa de productos biológicos. O debería decir, me desempeñaba.

Estaba saliendo de mi trabajo, luego de un arduo día de reuniones y nuevos proyectos. Me esperaba una larga noche, en la cual tenía que ordenar todos los aportes realizados por el equipo.

Tomé el ascensor hasta la cochera del segundo subsuelo del edificio, ya desierto, silencioso y oscuro. Sólo quedaba un auto estacionado al lado del mío. Acomodé las carpetas en el asiento trasero. Subí y antes de encender el motor, controlé los mensajes en el celular.

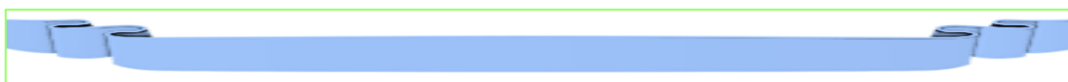
Luciana, desconsolada por su ruptura con Juan, me pedía si podía ir a casa a recomponer su ánimo.

Mi madre, recordándome que pasara por la farmacia a retirar sus medicamentos, que ella ya había hablado con la farmacéutica y le aseguró que me los entregarían sin demora.

Francisco, que lo buscara en el club a la salida del entrenamiento y que si salía antes me esperaba en el portón de salida del edificio sobre avenida Chacabuco.

Rodolfo, ausente permanente del paisaje familiar. Quizás programando el encuentro romántico con su amante o tal vez, ya estaba en ese encuentro romántico.

Conecté el dispositivo de llamadas en alta voz, por las dudas recibiera algún otro mensaje, puse el auto en marcha y me



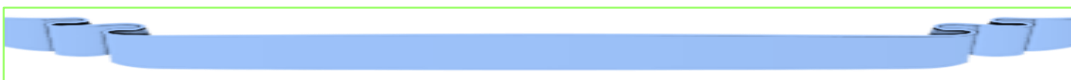
dispuse a salir.

Un impacto tremendo se produjo en ese instante. No lo identifiqué, pero sentí un olor agrio, irritación en los ojos y a la vez, percibí que el gran angular de mi vista había variado a una visión focalizada, restrictiva y bordes nublados, como de ojos entornados. Tenía que mover el coche y así lo hice, en un estado de gran confusión. Por un momento, temí estar atravesando algún tipo de baja de presión arterial, o un accidente cerebrovascular. No obstante, decidí salir de allí, con cuidado. Subí por la rampa que da a la avenida Chacabuco, por si Francisco hubiera llegado. Al llegar al portón que da al exterior, constaté que nada se movía, ni gente en las veredas, ni autos, ni ómnibus. Francisco tampoco estaba. Tendría que ir hasta el club.

Fui hasta la costanera, siempre en una soledad absoluta. Al doblar hacia el puente, dos grandes pinzas se interpusieron en mi camino. Un alacrán gigante lloraba, se secaba las lágrimas con las antenas y con la voz de Luciana, rogaba que me apresurara en llegar a casa. Di un volantazo, lo esquivé y aceleré.

En cinco minutos llegué a la farmacia. Seguía sola en todas las calles que recorría. Estacioné en la puerta del comercio. Bajé corriendo. Estaba vacía, pero los remedios de mi madre estaban listos sobre el mostrador. Los tomé, salí rápidamente, subí al auto y volví a imprimirle velocidad.

Desvié unas cuadras hacia el club del bajo. Un holograma de Fran me saludaba desde el ingreso. Lo llamaba, pero seguía



haciendo los mismos gestos una y otra vez a modo de burla. Desesperada, grité, toqué bocina. Estaba todo vacío. Dejé allí al holograma de Fran y seguí mi viaje.

Doblé por la avenida San Martín, cortando camino hasta casa. Ingresé sin guardar el auto en la cochera. Silencio.

Me invadió el desánimo, sentí que mi cuerpo se desmoronaba. ¿Qué estaba pasando? Mi casa también estaba totalmente vacía.

Sonó el teléfono fijo. Rarísimo. ¿Cuánto hacía que nadie llamaba al teléfono fijo? Atendí.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, nos estamos comunicando desde el Sanatorio Privado del Norte. Necesitamos hablar con el señor Rodolfo Sanabria.

—No se encuentra en este momento. ¿Por qué asunto será?

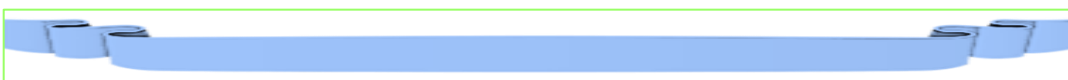
—¿Quién habla?

—La esposa.

—Ha ingresado a nuestra institución, una mujer de nombre María Cristina Lagares, en estado de shock y quemaduras graves. Se encuentra acompañada de un menor que dice ser su hijo y nos ha suministrado este número, para localizar a su padre que no responde al teléfono celular.

Esa era yo. Solté el tubo como si ardiera.

—Señora, señora —gemía la voz que caía dentro del auricular.



Mi conciencia se ausentó por un momento, hasta que percibí mi inmaterialidad. Debía volver por ese pasillo virtual que me había llevado hasta casa.

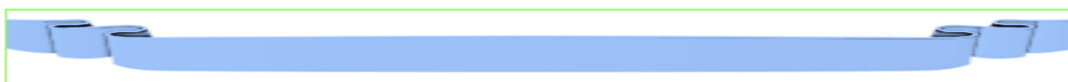
Llegué en un segundo, hasta la playa de estacionamiento del segundo subsuelo. Allí estaba mi auto y el de al lado. Los dos convertidos en carbón humeante. Me acerqué a los efectivos policiales y bomberos que vigilaban el sitio.

—Un dispositivo del auto de la mujer, al ser conectado y encender el motor, accionó el artefacto explosivo en el otro vehículo. Me acaban de informar que la mujer ha muerto —afirmó el oficial.

Me alejé unos metros. No tenía nada que hacer allí.

Necesitaba ir a acompañar a los míos. Francisco y Luciana me estarían esperando.

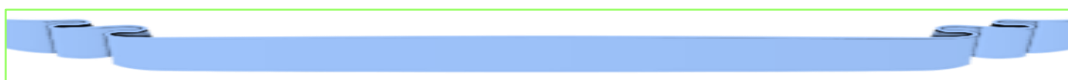
MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina





DANZA

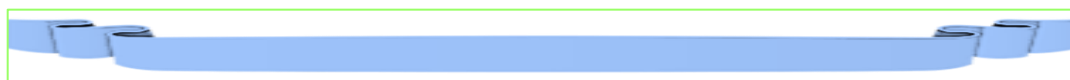
JOSÉ A. GARCÍA



El humo, del incienso o de lo que fuera que estaban quemando, llenaba de lágrimas mis ojos. Además, sin importar en qué parte de la ronda me encontrara, el viento se empecinaba en atraer ese humo hacia mí. El ruido de los tambores, de los saltos, del chocar de los talones contra la tierra reseca, sonaba desacompasado; algo no estaba bien. Si me preguntaba qué era aquello que no estaba bien, no sabría qué responder, pero a pesar de no saberlo me resultaba imposible negarlo: algo no estaba bien. Llevaba la mayor parte de la noche fingiendo que sí lo estaba, aunque lo sentía desde que, como las veces anteriores, nos despojamos de nuestras ropas de oficina, de hombres y mujeres respetables con trabajos normales, y nos adentramos en el barro y la arcilla.

Luego del baño de barro y arcilla que nos liberaba de las impurezas de la vida cotidiana, que nos devolvía al mundo real del que formábamos parte, venían la fogata y la danza de la noche eterna, la bebida y los saltos, la comida y la ronda, el sexo y el humo, las máscaras y las risas para recuperar lo que somos, para no olvidarlo. Aquel no era mi primer retorno, no era pues incomodidad lo que sentía, no era esa falsa timidez de estar desnudo, no era el descubrir los cuerpos ya conocidos de los demás. Esta noche había otra cosa, algo que se negaba a ser como las veces anteriores. Ese algo tal vez fuera yo.

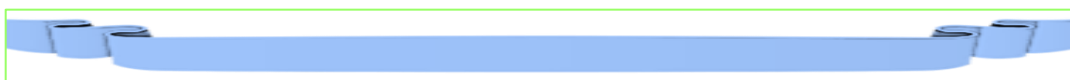
Aunque quizá fuera la máscara de corteza de árbol que se negaba a ajustarse a mi rostro y que no me permitía liberarme de



mis inhibiciones porque debía acomodar y volver a acomodar con cada nuevo giro y salto de la danza. Tal vez fuera el humo o el sentir que todos, en algún momento de la larga noche, me miraban con una mezcla de recelo y envidia, con un miedo y un amor que ninguna máscara jamás sería suficiente para disimular. No sabía quiénes eran los que me miraban porque, aunque se repitieran las máscaras, nunca se repetía quiénes las elegían en cada danza. La máscara que eligiera esta noche se empecinaba en rechazarme sin importar cuanta cosa hiciera para volverme uno con ella. Sin importar cuánto comiera, cuánto bebiera, cuánto sexo tuviera o dejara de tener, la máscara me rechazaba.

Tan fuerte, tan innegable fue su rechazo que, en medio de la noche, en medio de uno de los innumerables saltos y vueltas de la danza eterna, en medio del humo del incienso o lo que fuera que estaban quemando, la máscara de corteza de árbol se partió exponiendo el falso rostro que usaba todos los días. El silencio que siguió a la caída de las dos mitades de la máscara sobre la tierra reseca solo fue interrumpido por el crepitar del fuego, e incluso este pareció buscar la forma de dejarse oír lo menos posible en ese interminable momento.

Retrocedí, lentamente, para salir del círculo de danzantes atónitos y mudos que se hacían a un lado para que no los tocara la desgracia en la que acababa de convertirme. Solo cuando me encontré fuera del círculo de la danza giré y comencé a correr, con desesperación, con horror, hacia el barro y la arcilla, para



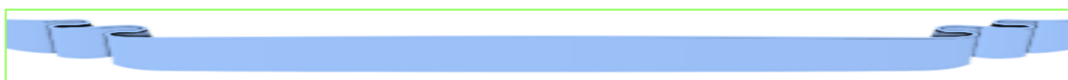
purificarme una vez más, para volver a ser quién debía ser.

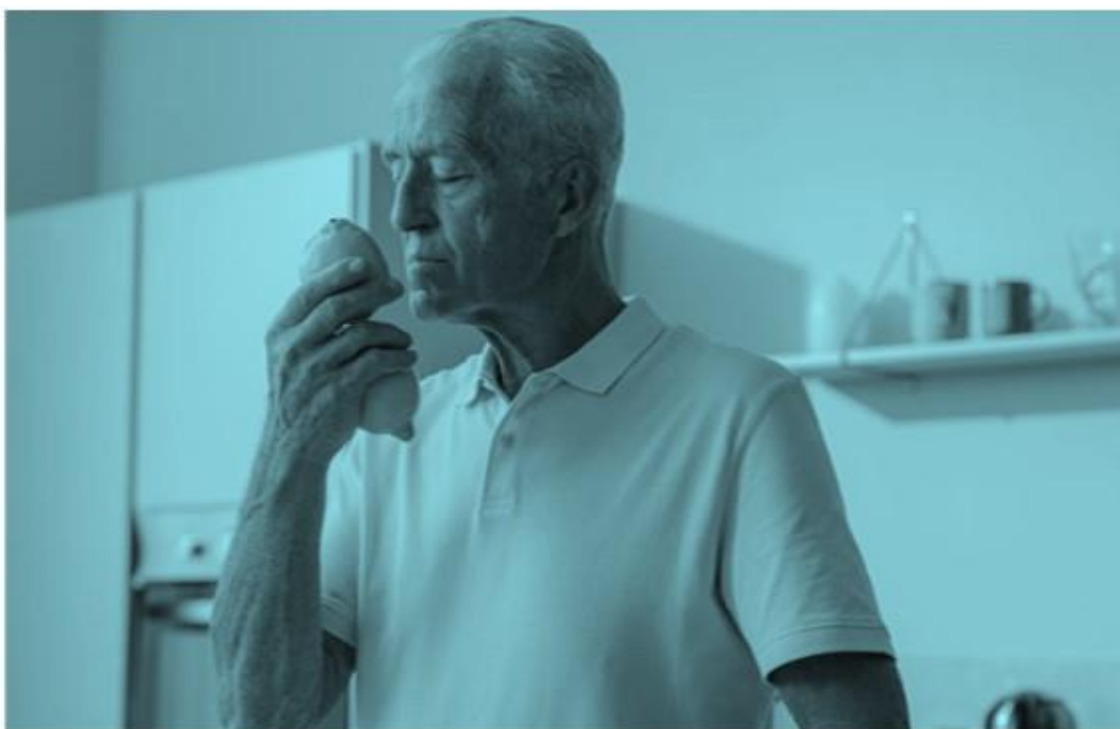
Corro, ahora, entre los árboles, queriendo creer que los ruidos que escucho son solo los de mis pies, tan desesperados como el resto de mi cuerpo por llegar al barro y la arcilla de la purificación. Mirar hacia atrás no es una opción, correr y correr es lo que se impone para que nadie vuelva a ver mi falso rostro de todos los días.

Estoy cerca, del barro, de la arcilla, de la purificación, tal vez por eso mis pasos suenan tan fuertes, tan cercanos, y parecen ser tantos.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

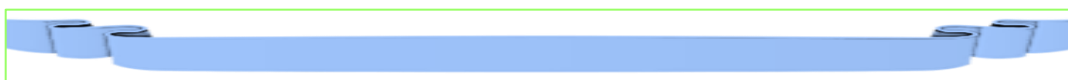
Página WEB l: www.proyectoazucar.com.ar





CON MIS SENTIDOS

LUIS DUQUE



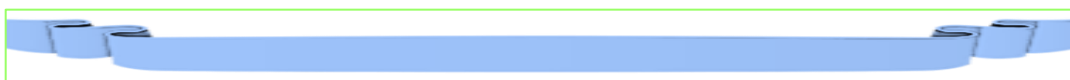
Al menos recordaba que el lápiz lo había tomado nuevo, pero ver el tamaño de ese momento, la cantidad de virutas en el depósito del sacapuntas en contraste con la hoja en blanco, le conducía a la conclusión que le había sacado punta más de una vez sin siquiera utilizarlo. “Cada vez se acentúa más” —se dijo—, recordando el diagnóstico médico. Se concentró en la hoja donde quería dejar registro de su situación actual, a la vez de reconectarse con su etapa juvenil en la que toda experiencia la plasmaba en un poema y le permitió conquistar a su amada. Finalmente tuvo el momento de alumbramiento tan buscado con las palabras exactas y escribió:

*Una niebla a mi mente se avecina
no enmascara su voluntad asesina
que cierne sobre cada atesorado recuerdo
secuestrando sin piedad mi estado cuerdo.*

El breve instante de inspiración se vio interrumpido cuando Indi ingresó con sus manos enguantadas y un plumero. Miró a su compañera y madre de tres hijos con el alma comprimida.

“Daría lo que fuese porque sobreviviera todo lo hermoso vivido contigo” pensó, mientras la contemplaba sin disimularlo, por lo que ella al percatarse hizo una pausa en sus actividades y le dijo:

—Estás muy raro últimamente, —le comentó— Y continuó removiendo el polvo de los diplomas y medallas que su profesión

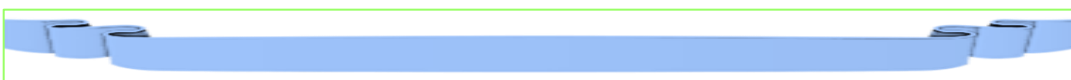


de bombero le había otorgado en el largo periodo de su carrera.

“Esta vez no se trata de que te oculto una sorpresa agradable”, respondió en su cavilar silencioso. Apenas ella salió, el estímulo de ese apreciado momento lo transformó en letras:

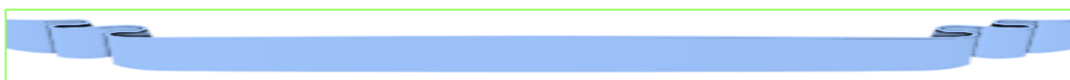
*No se salvarán momentos maravillosos
los compartidos con mi amada, los más hermosos
los compartidos con mis hijos, inigualables
haciendo esos momentos de orgullo, borrables.*

El día elegido para dar la noticia tuvo su materialización cuando finalmente Aroon, a través de vídeollamada desde Alemania, logró coincidir con Katy acompañada de su hija Lira, quien jugaba con su tío Moisés, sentados en la cocina. Expectantes sus tres hijos, su nieta y su esposa ansiaban conocer el motivo de la reunión sin la justificación tradicional. Sin preámbulos, soltó la noticia que venía ocultando algunos meses y que explicaba su mal humor, devaneos y olvidos de cumpleaños y fechas importantes. Tal noticia caló con el dolor esperado, pero, pretendió no dar lugar a afectación en el alma de sus seres amados al presentarles entusiasmado su estrategia de batalla que como hombre de acción y coraje siempre había establecido en todos los ámbitos de su vida. A cada uno le solicitó que escogieran un color, un sabor, un sonido o ritmo y una textura que considerasen que los definía, que pensasen que correspondía a su personalidad. Desconcertados ante la propuesta, solicitaron una explicación y



secamente y sin rodeos indicó que, si su memoria no sería capaz de retenerlos y recordarle los bellos momentos vívidos, que entrenaría sus sentidos para que fuesen capaces de reaccionar ante cada uno de ellos, que cuando estuviera sumido en el estado de oscuridad que tal enfermedad representaba, se presentarán ante él con el color, olor, textura y la comida o bebida escogida a fin de que fuesen sus sentidos los que suplieran su memoria y lograr reconocerlos. Aunque incrédulos, optaron por no contrariar a esa autoridad que amaban, y cumplir lo solicitado para sumarse a la estrategia. Como acto final se abrazaron efusivamente mientras que Aroon colocaba una mano en la pantalla con su vista nublada por las lágrimas. Rodeado por brazos amorosos de sus seres concibió:

*Una angustia invade todo mi ser
que lo vivido vaya a desaparecer
extraviado en un laberinto vago.
¿Qué he hecho para merecer este periodo aciago?
Mas no sucederá sin dar batalla
mis experiencias y amores son una medalla
que aprisionaré con pasión en mi pecho
mis sentidos serán el cálido lecho
dónde recueste lo que de mi memoria escape.
Que la vista sus colores atrape
y sin entenderlo me conmueva
y un estado de felicidad promueva
aunque ubicar nombres las neuronas fallen,*

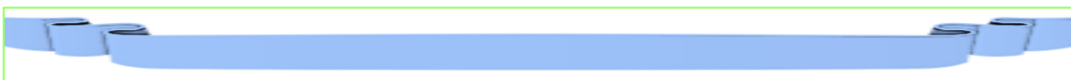


*que en mi piel sensaciones tallen
todos los sentimientos que atesoro
los seres que con el tacto exploro
aunque sus rostros no me sean familiares
y dulces olores peculiares emanares
para con el olfato diferenciar
lo que mi cerebro no se capaz de inferenciar
por estar involuntariamente eclipsado
reforzado con un sonido acompasado
que me ayude a cada personalidad situar.*

Tras el compartir familiar, salió rumbo a la estación de bomberos dónde aguardaban reunidos sus excompañeros, con el propósito de realizarles el mismo pedido. No quería excluir a ninguno, y aunque ya suponía un exceso a grabar con sus sentidos, sentía la obligación de intentarlo con todos los de su círculo más íntimo

Solo, se dedicó con ahínco a relacionar lo otorgado en sonido, aroma, textura, sabor y color, contemplando la fotografía de quien correspondía. Para tal práctica se dedicaba horas encerrado en la habitación que había escogido para el ejercicio ideado. Obvió todo lo que le envió su exyerno, no quería que dejase de recordar lo desagradable que le resultaba su presencia por haber traicionado el amor de su hija y privar de un hogar a su nieta, por lo que para él seleccionó todo lo inaguantable.

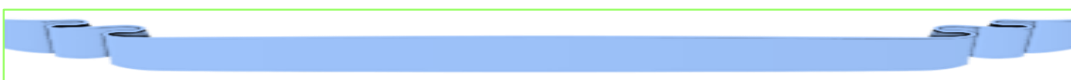
Un día en sus ininterrumpibles ejercicios de asociación, fue distraído cuando un grupo de personas que había rescatado de un



incendio tocó a su puerta, acompañadas de muchísimas más que llenaban toda la cuadra y manifestaron estar enteradas de lo que padecía, de su estrategia para afrontarla, y colocarse completamente a la orden para lo que necesitara, y solicitar, si no era mucho, considerara que todos habían elegido un aroma, un color, un sonido, una textura y una torta tres leches acompañados de una figura sin rostro, para que fuese capaz de recordar a todos los que le estaban agradecidos y quienes le admiraban y apreciaban a pesar de no formar parte de su círculo directo de amigos. Conmovido aceptó y agradeció tan bello gesto, luego de compartir un rato con todos, besó a su esposa en la frente y volvió a la habitación, tomó su cuaderno y sin poder contener las lágrimas escribió:

*Entrenaré hasta mis sentidos habituar
lo que cada uno represente,
juro que de algún modo los tendré latente.
Y si todos los hermosos recuerdos se perdiesen
que sean mis sentidos quienes les percibiesen.
Pero si expresarlo no me es posible
no duden que muy dentro de mí, tangible,
vibrará con intensidad lo construido con ustedes
aunque mis recuerdos parezcan atrapados entre paredes.*

Se vio interrumpido por su nieta Lira que llamaba a escondida de su madre para decirle que había decidido cambiar por tercera vez de color, que ya el lila no le gustaba, que prefería



el fucsia como su mamá, y que de sabor ya no quería que la identificara con un brownie, que un helado de banana le parecía más apropiado. Ese momento le disipó la emoción que produjo la multitudinaria manifestación de la que había sido objeto para dar paso a una alegría que su bella nieta le proporcionaba con sus ocurrencias.

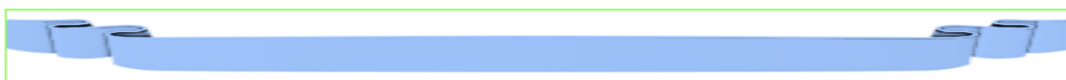
En su quincuagésimo segundo aniversario de bodas Indi no fue sorprendida como en años anteriores. Para probarlo le dio a leer los poemas que él había escrito en su cuaderno y no fue capaz de responder quién era el autor, pero fue abrazada dulcemente, aunque hace meses que no la llama por su nombre, fue besada con intensidad, en medio del silencio su presencia era correspondida con una sonrisa tras aspirar su olor a lavanda, el olor que ella escogió, acariciado su rostro, con la misma ternura con que acariciaba la bufanda de terciopelo color lavanda, todo, luego de comer la pavlova que cada mañana servía después del desayuno para repetir de merienda en la tarde. Ese día bailó en la espontaneidad del momento que la radio colocó la canción que bailaron cuando se conocieron. En medio de la danza, aspiró profusamente para luego dirigirse a la puerta sin que el timbre anunciara la presencia de visita, tal acto, ya sabía que era el resultado de oler a seres queridos acercarse.

LUIS DUQUE

Venezuela

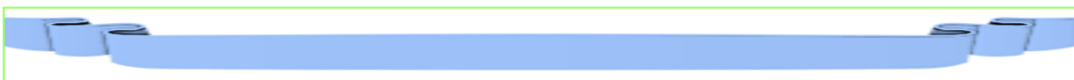
Facebook: <https://www.facebook.com/groups/escritopolis/>

Twitter: <https://twitter.com/duquel91>





**LAS MARIPOSAS
DESAPARECIERON. O
QUIZÁS NO
NURIA DE ESPINOSA**



En una fría y desolada sala de interrogatorios, el detective Reynolds se encontraba frente a frente con el detenido, que tenía la apariencia de estar completamente confundido. El hombre, de aspecto desaliñado y mirada perdida, había sido arrestado por su presunta implicación en una serie de robos a mano armada en la ciudad.

El detective, armado con su libreta y su pluma, comenzó a interrogar al detenido en un intento de obtener información sobre sus cómplices y el lugar donde podría estar escondido el botín. Sin embargo, las respuestas del individuo eran extrañas, desconectadas y absurdas.

—¿Quién, o quiénes te ayudaron a cometer los robos?, —preguntó con firmeza.

—Los pájaros, fueron ellos quienes me dijeron que lo hiciera, —respondió el detenido.

El detective frunció el ceño e intentó mantener la calma.

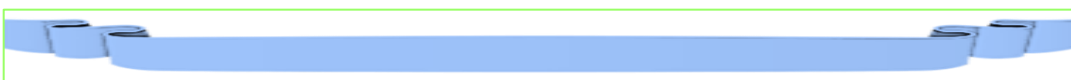
—¿Dónde está oculto el dinero que robaron?

—No hay dinero. Solo colores. El dinero es en realidad arcoiris, —murmuró el detenido mientras no dejaba de jugar con sus dedos nerviosamente.

El detective suspiró frustrado y decidió intentar otro enfoque.

—¿Por qué decidiste involucrarte en los robos?

—Porque el sol me obligó. Me dijo que era mi destino ser un



ladrón, —respondió sin dudar.

El detective miró perplejo al detenido, sin poder comprender la razón de sus respuestas. Sin embargo, siguió adelante con el interrogatorio.

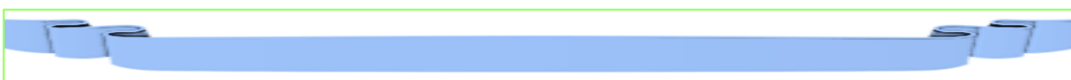
—¿Dónde te encuentras ahora mismo?

—Estoy en un sueño, detective. Nadie de aquí es real, —murmuró en voz baja mientras miraba fijamente a un punto en la pared.

El detective lo miró desconcertado. Sin obtener ninguna información útil del detenido, decidió aplazar el interrogatorio y buscar la asesoría de un experto en salud mental. Mientras salía de la sala de interrogatorios, no pudo evitar sentir compasión por el detenido. ¿Qué habría llevado a ese hombre a tal estado de confusión? ¿Acaso alguien le manipulaba? Sin respuestas claras, sabía que tendría que profundizar más en la investigación para descubrir la verdad detrás de los robos y la extraña conducta del detenido.

Después de hablar con un psicólogo y buscar la asesoría de un experto en salud mental, regresó a la sala de interrogatorios con un enfoque renovado. Esta vez, decidió tomar una aproximación más empática para tratar de ganarse la confianza del detenido.

—Entiendo que se sienta confundido, pero si no hablas pronto... —dijo sentándose frente al hombre —no podré ayudarte, necesito entender lo que está sucediendo.



El detenido levantó la mirada, mostrando una mezcla de desconfianza y esperanza en sus ojos.

—Realmente me podrás ayudar —murmuró— No puedo creer en nadie más, en ningún mundo excepto en el mío propio.

—¿Qué quieres decir?

El hombre agachó la cabeza.

El detective se acercó un poco más a su silla, reduciendo la distancia entre ambos.

—Entiendo que te sientas de esta manera, pero tienes que escucharme, —dijo con calma— Mi trabajo es resolver crímenes y descubrir la verdad. Pero no puedo hacerlo sin tu cooperación.

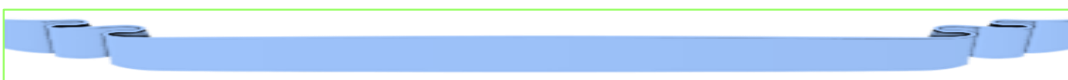
El detenido pareció meditar las palabras del detective por un momento. Luego, lentamente, comenzó a relatar su extraña historia.

—Hace unos meses, empecé a tener sueños muy reales, —comenzó—. En ellos, veía cómo se cometían los robos. Podía sentir las emociones, ver el rostro de los ladrones, incluso escuchaba sus conversaciones. Pero cuando despertaba, siempre me preguntaba si lo que había vivido era real o no.

El detective asintió, intentando comprender la perspectiva del detenido.

—¿Y sientes que estás todavía atrapado en ese sueño?

—Exactamente, —afirmó el hombre con voz angustiada—. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ese mundo donde todo parece irreal, pero qué es extrañamente real. He tratado de luchar

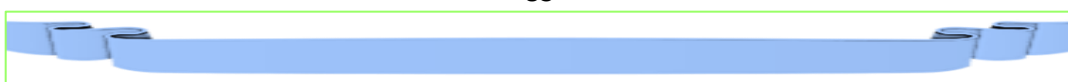


contra ello, pero cada vez es más difícil distinguir entre la realidad, la fantasía y una pesadilla. Descubrí que las mariposas han desaparecido. No, no me mire así que no estoy loco. Es un mundo malvado donde todo es posible.

A medida que el detenido contaba su historia, el detective comenzó a notar conexiones y pistas que antes había pasado por alto. Las piezas empezaron a encajar en su mente, formando un panorama más claro. Era hora de investigar más a fondo.

—Te creo, —dijo el detective, confiando en sus palabras—. Trabajaré para descubrir qué hay detrás de todo esto. Pero necesito que me digas todo lo que recuerdes de los sueños. Cualquier detalle podría ser crucial para resolver este caso.

A pesar de sus reservas, el hombre empezó a describir en detalle los sueños recurrentes que había experimentado. Mientras lo hacía, él tomaba notas, consciente de que cada palabra podría llevarlo un paso más cerca de la verdad. Con su detallada declaración, cada pieza del rompecabezas arrojaba una nueva pista, acercándolo a la resolución del caso. Con el paso del tiempo, se forjó un vínculo especial entre los dos. Reynolds encontró en el detenido un aliado, alguien que podía guiarlo a través de los misteriosos recovecos de los sueños. Juntos, se adentraron en un mundo donde la línea entre la realidad y la fantasía se volvía cada vez más difusa. En su búsqueda de la verdad, Reynolds descubrió una compleja red de engaño y manipulación. Pronto se dio cuenta de que el sueño del detenido no era una simple invención de su

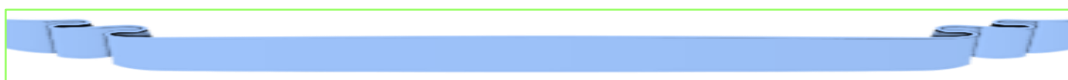


mente, sino una realidad alternativa creada por aquellos que perseguían intereses ocultos y cuya conspiración y naturaleza fantástica de ese mundo onírico parecía haberse apoderado de la vida del detenido.

Él continuó recopilando pistas y pruebas que extrañamente señalaban al detenido, lo cual le sumergía en un inquieto abismo de confusión y desesperación. Sin embargo, a medida que profundizaba en la historia del sospechoso, su asombro fue mayor al descubrir que él había sido un famoso científico especializado en neurología, conocido por sus investigaciones sobre los sueños y la mente humana. Esto le hizo sospechar que el mundo onírico al que el detenido se refería podría tener una conexión con los experimentos del científico.

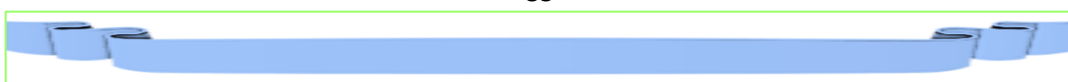
Reynolds buscó a colegas del científico para obtener más información. Pero, se encontró con un muro de silencio y miedo. Parecía que alguien estaba ocultando algo, y no estaban dispuestos a hablar. Con cada resistencia que encontraba en su investigación, el detective sentía que el tiempo se agotaba. Los sueños que invadían las vidas de las personas se volvían cada vez más peligrosos y violentos. Vidas reales estaban en peligro y él no podía permitir que eso continuara.

Después muchos días logró convencer a uno de los antiguos colegas del científico para que hablara. Lo que descubrió fue aterrador. El científico había desarrollado un dispositivo capaz de manipular y controlar los sueños de las personas. Su intención



original fue tratar de curar los traumas y pesadillas recurrentes, pero algo salió mal. El dispositivo había escapado de su control y ahora estaba en manos de alguien que había descubierto su potencial destructivo y lo utilizaba para sembrar el caos en el mundo de los sueños. Ese tirano estaba conectado a todas las víctimas, controlando sus pesadillas y convirtiéndolas en realidad.

Decidido a detener el control de las pesadillas, el detective llegó a una fábrica abandonada en el límite de la ciudad, allí se ocultaba el dispositivo. Lo más curioso fue que ni siquiera estaba custodiado, así que sin pensarlo se adentró en el mundo onírico a través del propio dispositivo del científico. Allí, se enfrentó a sus propios miedos y demonios, mientras luchaba por encontrar al responsable y desactivar el dispositivo. En el clímax de su lucha, el detective se encontró cara a cara con el tirano de los sueños. ¡Era el detenido!, que había sido una víctima más de su propio invento que lo tenía completamente controlado y sediento de poder. La batalla final fue épica y arrolladora, mientras el detective luchaba por su propia vida y la de todas las personas atrapadas en ese mundo; logró derrotar al científico, desactivar el dispositivo, y poner fin a la terrible pesadilla de los sueños. Al salir del mundo onírico, el detective se encontró exhausto pero aliviado. Mientras se alejaba del lugar de los hechos, Reynolds no pudo evitar preguntarse si alguna vez podría dejar atrás los horribles recuerdos de aquel mundo extrañamente imaginario, o si siempre sería perseguido por la sombra de lo desconocido. Solo el tiempo



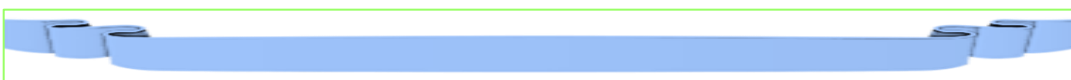
lo diría, pero por ahora, estaba satisfecho con haber logrado salvar vidas en el proceso.

NURIA DE ESPINOSA

España

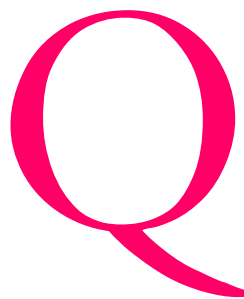
Twitter: [@misletrasnuria1](https://twitter.com/misletrasnuria1)

Blog: <https://escritoanuriadeespinosa.blogspot.com/>





DE UNA CARTA FRANCA CÉSAR SILVA SANTISTEBAN



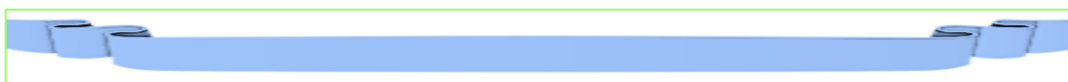
querida mía:

Pipino El Breve se ha casado con Bertrada La De Pie Grande. Lo debes saber ya, pues, tratándose del reino de los francos, la noticia ha volado de pueblo en pueblo. Bertrada es ahora la décimo segunda consorte del rey Pipino, y pocos resisten a la tentación de ser fácilmente ingeniosos al respecto y decir, por caso, que en muy grande problema se ha metido otra vez El Breve, o que muy Breve quedará Pipino a la Grande. Sobre esto, cómo no, se hizo una sonada que va así:

*En la cazuela brinca un frijol con porfía
Y su menudencia tantos botes da holgado
Que no sintió aquélla si él entraba o salía.*

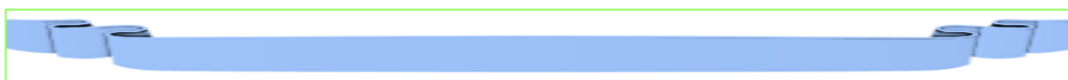
Pero la gracia de tal asunto (un espectáculo que, no hay que olvidarlo, concierne a nuestra familia) vino precedida de un charco de sangre. Estarás enterada, supongo. Sangre oscura de plebeya. No de la que cabía esperar, la del intacto y venerable virgo de la nueva reina, cuyas virtudes no dieron ni dan pie a discusión. La que se derramó, en cambio, provino de la sustancia de una pequeña camarera, cuyas virtudes sí dieron pie a largas discusiones después de que rebanaran su pescuezo frente al populacho.

Los detalles de esto, sin duda, no los conoces, querida. En realidad, han quedado meticulosamente barridos y encajonados



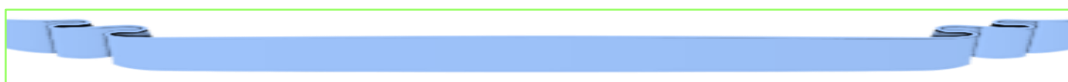
por encargo de la reina, y confío, pues, que guardarás sobre el punto discreción, de lo contrario nos llegará la ruina. Días antes de que La Grande entrara con paso firme a las recámaras del Breve, y no al revés, como ha deslizado un ministril, allí había ingresado una de las numerosas criadas que Bertrada había mandado por delante para que aviaran todo antes de su arribo. Y, como pudo comprobarse al cabo, la moza cumplió prolijamente con su deber.

Dicen que era de Espoleto y aún no contaba con quince años. También, que era tostada, pizpireta, y que, durante tres noches cerradas, con los revoltijos del himeneo, hizo de sí misma otra mismísima Grande. ¿Creerías que casi logró que Pipino la proclamara, en gavisus est letum, su reina prometida? Imagínate el descalabro de la corona. Pero, Dios da y Dios quita, que se dice, y aquel buen desaguizado de noches luminosas se ennegreció en el corazón de nuestro rey. ¿Por qué?, preguntarás. No estoy seguro. Nadie lo está. Si insistes, diré que, así como después de mirar directamente al sol cualquier hombre se vuelve ciego, tal vez de igual modo nadie está preparado para la felicidad. Al decir del viejo albardán y de las mucamas, la pasión de la mocilla se acrecentó más allá de cualquier agüero, y, claro está, hizo que El Breve se hiciera brevísimo, aunque no tanto para impedir que se emplazara en un nido caldeado por los fuelles de ella. Y aunque tal efecto de seguro harto lo distrajo de sus aflicciones, también lo animó a medir con los dedos, uña tras uña, las áureas plegaduras



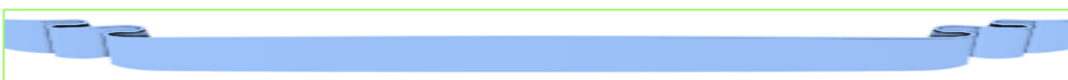
de la imprudente menina. Fue así que advirtió que le habían informado mal, porque mal calzaba el historial de La Grande con los sucintos encajes de aquella chiquilla que, según afirman los que nunca lo supieron (sempiternos testigos de clerecía, distraídos con la observancia del lance que debía rubricar la castidad de la novia), entre jaleo y jaleo irradiaba higos y jazmines de Babilonia. De manera que ya el rey Pipino estaba escaldado por las dudas cuando, al cabo de tres nupcias con la espléndida doncella, fugazmente ensombrecidas por los altibajos de El Breve en la contienda, arribó sin anuncios la nobilísima Bertrada.

Para cualquiera sería difícil describir lo que tal vez ocurrió. Por mi lado, he llegado a suponer que el primer derrumbe de Pipino tuvo efecto cuando descubrió que él era ese corto de entendimiento que tanto la corte como la plebe cuchicheaban. (Notarás que ya no me incluyo. He aceptado, querida, que tenías razón: nuestro rey Pipino nunca fue cretino; ha sido, de facto, un niño que tuvo fe en la santidad de la niñez y no quiso abandonarla). El segundo revés, ciertamente más duradero, quizá inacabable, tuvo que encajarlo sin entender por qué estaban sufriendo tanta desgracia dos inocentes cuyo solo yerro había sido la pasión. Pero, desde luego, no había nada que entender. Había dado su palabra, eso era todo. Había aceptado a la muy grande Bertrada por pacto, et pacta sunt servanda. Se trató de una cuestión de monarquía ofendida, pormenores de grandeza insoslayables y demás. Y aunque El Breve (aplastado en espíritu,



transformado en un esquivo simulacro de sí mismo) enterneció con esta historia a doña Bertrada (todo hay que decirlo) y a la nueva reina le entró una gran compasión por la mala fortuna de la impostora (Que tal hermosura haya ido al balde, dicen que se lamentó La Grande luego de ver aquella cabecita loca desaparecer en el cubilete), no hubo más suerte que hacer tripas del corazón y lacrar la sentencia que prontamente, escasos días después, suscitaría delicias entre la chusma.

El verdugo, por otra parte, pasó vergüenzas, pues no había sacado filo al hacha y machacó tres veces el cogote de la camarera. Cuando al fin la rebanó, dio vía a la fiesta desde los portones hasta los labrantíos más apartados, y causó una bulliciosa algazara que, no muy luego, empalmó con los fastos del nuevo matrimonio y dejó una rodada de música disparatada, libaciones vomitivas, ayuntamientos licenciosos. A mí, puedes imaginarlo, me tocó la contraparte. Los estertores y las risas de la trifulca no tuvieron eco en el fondo del palacio. Acá, por fin cerradas las cortinas, apagadas las lumbres, taponadas las orejas, Pipino se hizo más breve que nunca al lado de La Grande. Esto último, claramente (todo sea dicho), no sorprendió a nadie. Lo imprevisible, lo chocante, fue ver a la reina Bertrada (desguarnecida bajo el tenebrario, viuda desde el tálamo, acaso temerosa del abandono) seguirle los pasos y cuidarlo como si se tratara de un frágil bebito de cristal. Incluso fue ella la que me mandó hacer para él un consuelo de plata, saturado de filigranas, donde puso juntos un

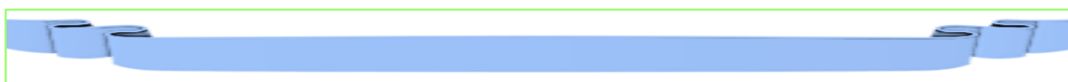


agnusdúi de cera y un bucle de los cabellos de la falsa novia, aún con hebras de sangre. Yo mismo dibujé la inscripción que eligió para el fondo, que decía Abyssus abyssum invocat. Y créeme que no podía haberse descrito mejor el destino que Pipino El Breve y Bertrada La De Pie Grande sellaron al unirse, pese a todo, en la capilla vacía de palacio, frente al altar y la cruz.

Anoche, al dejarlos en su recámara apenas iluminada por dos teas, me di cuenta de eso. Tras cerrar la puerta me figuré que el alba los encontraría espalda contra espalda, tan lejanos y tan juntos como entre sí navegan indefectiblemente la luna y el sol. Pude figurármelos mordiendo cada cual su sábana, en la hoguera de un dolor compartido y tan diferente, sintiendo la fría moneda del miedo ardiendo en sus entrañas. Y quién sabe, ¿por qué no?, asimismo el odio. Un odio plagado de miedo que en sus fueros íntimos, te lo aseguro, va a desangrarlos, vertiendo en sus memorias a veces el cuerpo, otras veces la cabeza, de aquella camarera alocada que, desde la pesadilla, les revelará que la expulsión del Paraíso ha de proseguir en cada cual día a día, y que la piel tentadora de aquel reptil bíblico del que tanto hablábamos tú y yo, amada mía, en confidencia, en susurros, socorridos por nuestras lágrimas, no es ni será más que el doloroso recuerdo de una cruel felicidad...

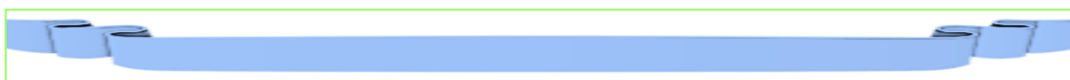
CÉSAR SILVA SANTISTEBAN
Perú

Página WEB: <https://gauderes.com/>





LA MALDICIÓN DEL
ANILLO DESTINY
JORGE LUIS
CONDORCALLO CCAMA

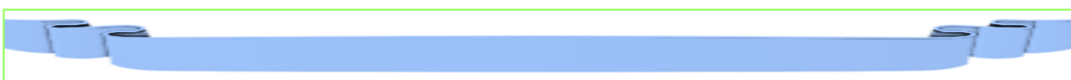


En Atlanta, Georgia, en 1999, Colton Gray abrazaba el cuerpo diluido de Destiny Peterson que moría de cáncer en los huesos en el Grady Memorial Hospital.

Destiny era la chica más hermosa de la clase de Colton, ellos fueron novios por dos años y la noche de un agosto cálido, entre dos cerezos florecientes del parque de la universidad, Colton se arrodilló y le propuso matrimonio con un anillo de oro que Destiny bañó con sus lágrimas creyendo que aquello simbolizaba toda la felicidad que una mujer puede desear y tener.

George, el padre de Destiny, se mató al año siguiente de ver morir a su hija tras una larga y tormentosa agonía; se disparó en la cabeza con una escopeta de doble cañón que lo desapareció de la tierra. Entonces aún nadie se atrevió a señalar al anillo de Destiny como el responsable de ambas muertes.

Sophie Cox fue la segunda esposa de Gray y liberada de cualquier prejuicio aceptó llevar el anillo de Destiny que Colton le mostró en la franqueza del primer año de esposos; Sophie que era escéptica no daba cabida a la posibilidad de que aquel objeto estuviera maldito por un hechizo atávico o por el sumo sufrimiento de su última poseedora; sin embargo, un extraño mal fue apoderándose de ella, debilitando su cuerpo y sus ganas de vivir sin que hubiera una cura que le devolviera su buena salud. Sophie, en los últimos días de lucidez, culpó al anillo Destiny y al momento en el que conoció a Colton; cansada del dolor se tragó

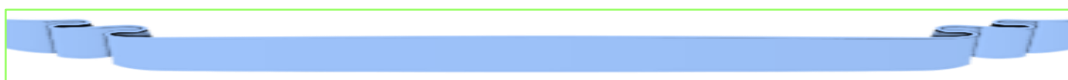


todas las pastillas de un frasco de somníferos que la sumergió en el tranquilo sueño de la muerte. En menos de un mes, Ana, la gemela de Sophie, quizás distraída o porque también había cohabitado con el anillo perdió el control de su camioneta y se estrelló contra un árbol que le aplastó el tórax y destruyó los pulmones.

Colton, con recelo, guardó el anillo en un baúl de su sótano; no vio la luz del día por tres largos años.

Kayleen Barnes escuchó conmovida la tragedia de su amigo Colton. Colton además le confió los temores que tenía y que había tratado de indagar la procedencia de la alhaja que compró en una tienda de empeños del centro de su ciudad: “La tienda hoy es otra cosa, una veterinaria; una de las vecinas me contó que el vendedor que era muy amigo de su esposo falleció de un momento a otro, la enfermedad también se llevó a su mujer y de los hijos no sabe nada, quizás también han muerto, quién sabe...”. Se miraron asustados por un segundo, luego se partieron de la risa por lo absurdo de su cita: salieron para tomar unos tragos y acabaron contándose historias de terror como dos niños.

Kayleen que había superado a su exmarido, un hombre celoso y autoritario, y un divorcio agotador entendió al afable Colton y al tiempo de conocerse se enamoraron; ella aceptó la alianza y se trasladó con sus dos hijas adolescentes para vivir en la enorme casa que Colton había construido con esfuerzo para cuidar en ella a una familia grande con la que siempre soñó. La

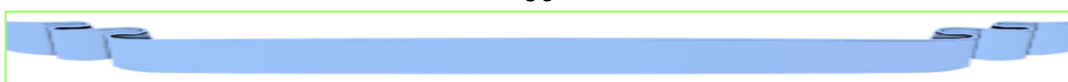


noticia del embarazo de Kayleen disipó los temores de Colton de una maldición en ciernes y la prosperidad abrazó a la pareja que era feliz, muy feliz, y lo fue más en la espera del nacimiento de Aaron, su primogénito.

Aaron Gray nació el 23 de diciembre de 2013 con un peso ideal de casi cuatro kilos y murió a los cinco minutos de su nacimiento. “Dios se apiadó de su hijo, fue lo mejor para ustedes y para él...”, dijo el médico que atendió a Kayleen porque el bebé tenía un mal congénito, una notoria malformación que le impediría tener una vida normal.

Kayleen en su dolor culpó a Colton. Colton, en su rabia, culpó al anillo Destiny.

Y el amor que todo lo puede superar, menos la pérdida de un hijo fue deteriorándose en una casa en la que andaban los esposos como dos fantasmas en pena y las hijas de Kayleen respetaban esa manera de vivir de sus padres. Kayleen se obsesionó con saber más del anillo, tras limpiarlo y revisarlo con una lupa creyó distinguir una palabra en un lenguaje extraño grabada en el interior. No tuvo la oportunidad de descubrir si algún hechizo secreto orbitaba a Destiny ya que la mano aborrecible de la desdicha volvió a alcanzarlos, Kayleen sintió un cansancio inexplicable de un día para el otro, la sensación no desapareció e incluso la situación familiar se agravó porque las hijas de Kayleen sufrían los mismos padecimientos. Las hermosas Angela y Alexa empezaron a marchitarse frente a la mirada



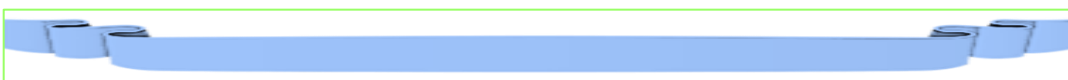
desesperada de su madre. Kayleen hizo lo que creyó correcto: abandonó a Colton, la casa y el anillo.

Por otro largo tiempo Destiny volvió al estuche y al sótano de los Gray.

Colton sobrevivió durante un lustro en el aislamiento que se impuso por la tristeza y la culpa que sin razón se acusaba, de lo último que se enteró fue que Alexa, la hija menor de Kayleen, murió, aunque nunca supo de qué. Un lunes, en su rutina de hombre solitario, se bañaba cuando descubrió con preocupación una mancha violeta en su costado, la mancha crecía con cada mes que pasaba y el médico tras una batería de exámenes que creyó necesarios y, con el rigor de un general, lo desahució sin lastima. Y al año se cumplió el pronóstico del doctor: Colton murió en una cama de hospital; tan solo, pequeño y frágil como llegó a este mundo sin sentido.

La casa se vendió a un buen precio y una nueva familia la ocupó con sus muebles y esperanzas. El pequeño Andy Carlile de seis años, en sus juegos, dio con el estuche que al abrirlo le reveló el maravilloso tesoro. Fascinado por el brillante decidió no decirles a sus padres, lo escondió en su caja de juguetes.

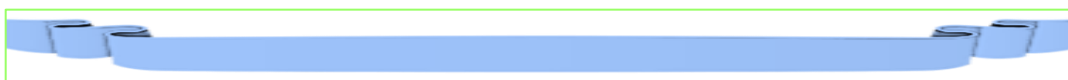
Una tarde, empujada por su conciencia y convencida de que aún podía salvarlos, se presentó una desesperada Kayleen en el pórtico de la casa para advertirles de la maldición con la que no sabían que convivían. Los esposos Carlile la calmaron, la



escucharon incrédulos y Andy confesó que él tenía aquel objeto del que hablaba. “Tírelo, aléjelo de sus hijos, váyase si es posible de esta casa, yo lo perdí todo por culpa de eso...”. Pero los padres que eran bastante sensatos concluyeron que la mujer no estaba bien mentalmente o deseaba recuperar la casa de su exmarido con esa artimaña que le habría aconsejado su abogado.

Tal fue la preocupación y obsesión de Kayleen que fue a la radio local; luego la invitaron a la televisión para que contara la historia de lo que nombraron y presentaron con parafernalia de feria como La maldición del anillo Destiny. El asunto se puso serio cuando los Carlile informaron aterrorizados que Andy también había enfermado de gravedad, tenía leucemia. Devastados por la noticia arrojaron el anillo a las ansiosas manos de los esotéricos y creyentes de los fenómenos paranormales. Las tragedias que rodeaban al anillo tomaron la forma de una leyenda fantástica de terror que se contaba en las reuniones familiares, en los bares y en las escuelas.

En el afán por seguir exprimiendo a la gallina de los huevos de oro; los productores de un programa televisivo de Atlanta que vieron un espectáculo cautivador y rentable en el caso contrataron a un grupo de especialistas en distintos campos de la investigación científica para que revisaran, al milímetro, el enigmático objeto. Los expertos indagaron la procedencia y composición del metal; una prueba de tantas disparó las alarmas del aparato de



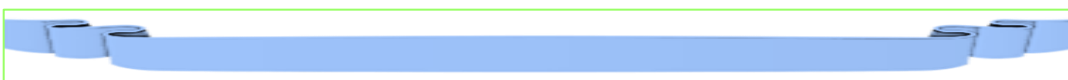
medición: sí, había una maldición contenida en el anillo. Los hombres se apartaron y algunos aun abandonaron la habitación como si la sortija fuera el diablo en persona. Aunque no lo fuera, la previsión no era para menos.

Kayleen escuchó absorta la verdad: La hermosa y cara pieza de oro emanaba aún cuarenta roentgens por hora. La inscripción era una palabra en alfabeto cirílico que, en una nefasta coincidencia, al traducirla, decía "Destino". Probablemente, luego lo confirmó el rastro de los recibos, la compraron en Kiev; un saqueador sin escrúpulos la extrajo de Prypiat a fines de los ochenta y la vendió a un joyero codicioso y negligente que creyó haber hecho un provechoso negocio. “¡Sí amigos, es radioactiva!”, dijo él presentador a la cámara de televisión con gravedad y grandilocuencia, “¡Es un anillo maldito proveniente de Chernóbil!”.

Kayleen Barnes murió nueve meses después de hacerse públicas las conclusiones de la investigación, su último deseo en vida se cumplió al pie de la letra: la enterraron, con el anillo encerrado en su puño, en un pesado ataúd de plomo que hasta el día de hoy contiene la poderosa maldición del Destino.

JORGE LUIS CONDORCALLO CCAMA
Perú

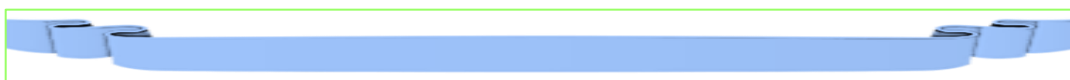
Facebook: [@jorgecondorcallo](https://www.facebook.com/jorgecondorcallo)





LA MADRE

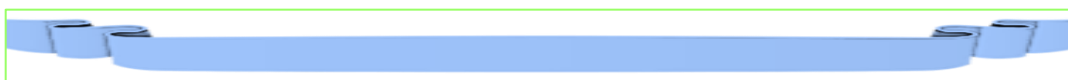
IÑAKI FERRERAS



Una madre traga con todo. ¡Ay, una madre! Con lo que yo he tenido que tragar... Con más de lo que nunca hubiera imaginado. Si antes me dicen que, en el futuro, tendría que tragar con todo lo que la vida me ha echado, no lo hubiera creído. Y no me refiero solo a la preferencia sexual de mi hijo Ricky. También me refiero a que mi hijo Paquito nunca le quiso por egoísmo, por quedarse él con toda nuestra herencia. ¡Pero qué herencia...! Si mi marido y yo emigramos del pueblo con dos sábanas, una manta y cuatro pesetas de la época, de principios de los años cuarenta. Yo, siendo la más tonta de las cuatro hermanas, a quien mi padre le quebraba la cabeza porque no daba pie con bola en la escuela. De quien los niños del pueblo se reían llamándome jirafa torcida porque era la más desgarbada de todos y todas. Que siempre andaba con todo tipo de complejos. La destinada a ser la sucesora de la Tonta del Bote, el personaje de Lina Morgan, que en paz esté.

Yo era tonta con avaricia —o eso me hacía creer— y no quería que mis hijos lo fueran también. Afortunadamente, Paquito nació más listo que el hambre. Pero lo que es Ricky, nació a mí, bueno... y tonto. Pero a medida que fue creciendo, todos nos dimos cuenta de que no era tan pazguato como parecía tropezándose con las farolas, con las columnas de los soportales de los edificios. Más bien, era diferente al resto y en aquella época nuestra de principios de Franco, eso no se entendía.

En los primeros años de matrimonio, todo fue una lucha a

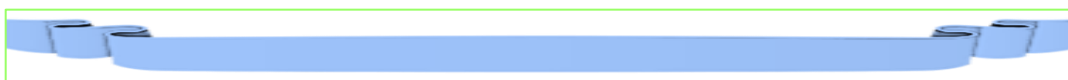


uno. Mi marido me apoyaba en todo, pero no dependíamos solamente de su salario: yo también me puse a trabajar en lo que pude. Llegué a ser cocinera en el mejor restaurante de la región, el Panier Fleuri. De ahí que, a día de hoy, cualquiera que pruebe mis platos se chupa los dedos y se le abra la tapa de los sesos, como se dice en mi pueblo.

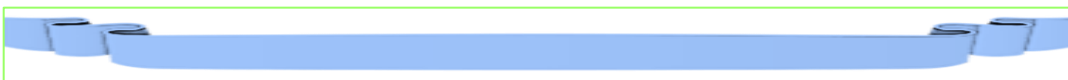
Y como me consideraba tan tonta, tuve la suerte de, en uno de mis trabajos, como asistente de una ricachona de San Sebastián, aprendí buena parte del saber estar que sé hoy día: que si no hay que subir las escaleras a pie haciendo ruido con el tacón, que si no hay que cerrar la puerta de la calle de golpe, que si no hay que hablar en voz alta, en ninguna circunstancia, que si hay que adquirir el gusto por la cultura, entre ella, las artes. Mira, este fue el motivo por el que yo a mis hijos les quise inculcar el amor por el Arte y la Música. Lo conseguí con Ricky. Con Paquito, fue totalmente imposible.

Pero ambos me han salido bien, aunque tan diferentes. No sé a quién me habrá salido el mayor, tan seco, tan frío, tan calculador, tan egoísta al principio, aunque con el paso de los años, se ha convertido en un cacho de pan, ayudando a todo el que lo necesita. En eso, ha salido a mi marido, que a veces se pasa de bueno...

¡Ay, lo que yo sufrí la primera vez que Ricky se fue de casa! Sabía, a ciencia cierta, por qué se marchaba... No porque quería ser periodista. Lo que quería ser era famoso, punto y final. Y a

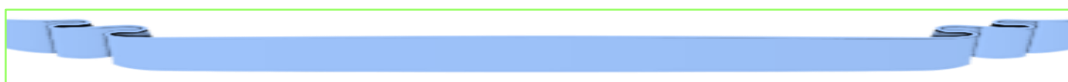


toda costa. Se fue por maricón. Porque le gustaban los hombres y en aquella época, el País Vasco esta ideológicamente dominado por los jesuitas y el PNV, ambos grupos, híper-conservadores. Además, era una sociedad matriarcal (y lo continúa siendo). Paradójicamente, en los años setenta y ochenta, San Sebastián era una ciudad relativamente libre y abierta a otras culturas. Por aquí pasaban, en primer lugar, los mejores grupos internacionales de la música del momento. Aquí, llegaban las tendencias en moda más recientes, sobre todo, de Londres (la ciudad tenía más aire londinense, que francesa, y eso que tan solo la separan dieciocho kilómetros de la frontera francesa). Los donostiarras siempre han mirado más a Londres que a Francia. Yo creo que es por la inquina que los franceses siempre han tenido hacia España. Nos envidian tanto que han llegado a volcar camiones y camiones españoles de fruta y verduras para que no fueran vendidas en los mercados galos. A mí, personalmente, también me caen mejor los ingleses... Me hubiera gustado aprender inglés. Y también vasco, que para eso me trasladé aquí. Aprendí unas cuantas frases y palabras. Y los que no me conocían, me consideraban vasca, vasca, por mi físico y mi forma de vestir. Y la verdad es que me encanta la forma de ser vasca y su cultura. Son gente respetuosa, prudente y muy seria. De un vasco te puedes fiar de principio, a fin, de los pies, a la cabeza. A nosotros se nos acogió y aceptó desde el principio y como llegamos aquí tan jóvenes, ya se nos consideraba dos vascos más. Y, de hecho, mis mejores amigas, vascas.



Pero la vida sin Ricky ha sido muy dura. Tanto viaje, tantos avatares, tantos intentos frustrados de tener un novio formal y de por vida. Le veo tan solo y eso que ha llegado a ser muy sociable y a tener mucha y buena gente a su alrededor, como cuando era catequista y acordeonista de la parroquia. Las otras catequistas le querían y se hicieron sus amigas. Duraron con esa amistad años y me consta que, a día de hoy, sigue manteniendo una bonita relación con una de ellas. La verdad es que eran majísimas y predicaban el bien, que eso es lo que más importa, en este mundo lleno de mentiras y apariencias, de guerras y de amor por el dinero. Eso es que cada vez más, creo menos en la gente. ¡Me he llevado cantidad de palos por confiada! Pero tampoco quiero caer en el cinismo. Aunque cuesta, cuesta no caer en esa forma de pensar, en esa forma de ser.

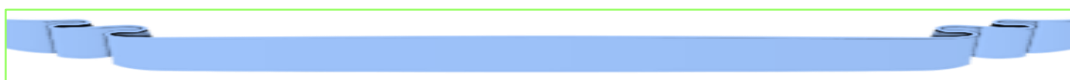
En realidad —y lo digo, ¿cómo se dice? en petit comité, entre nosotros— que me hubiera encantado tener la parejita, niño y niña. Y como ya habíamos tenido a Paquito, pues luego, tocaba una niña. Pero llegó Ricky con sus cositas de hombre y yo, si he de ser sincera, me desanimé un poco porque se habían frustrado mis sueños. La verdad es que la sociedad que mete unas cosas en la cabeza y luego se sufre porque no se cumplen dichas expectativas. Pues, no tuve ni una niña ni un niño. Tuve a mi hijo gay. Lo bien que lo pasaba con él porque era tan divertido y creativo. En verano, íbamos al pueblo y pasábamos tardes enteras paseando por los campos, recogiendo avellanas tempranas de los



avellanos y cantando a dúo las canciones de la misa. Luego, nos tumbábamos en los prados y mirábamos a las formas de las nubes. Muchas parecían algodones. ¡Qué años tan felices y puros! Cuando, después de tres meses, volvíamos a casa, a San Sebastián, todo nos parecía nuevo: nos extrañaba sobremanera el ruido del tráfico, las casas pegadas unas a otras, la cantidad de gente por las calles y en todas las tiendas. Hasta nos sorprendía la televisión porque en el pueblo, no teníamos ni televisión ni agua corriente: la cogíamos del caño y yo lavaba la ropa también en el caño, como una lavandera más del pueblo. E incluso las calles no estaban asfaltadas. Durante tres meses, vivíamos como antaño.

Echo de menos aquellos años de vida sencilla. Echo de menos cuando los vecinos nos apoyábamos y nos reuníamos todas las noches a charlar al fresco. Echo de menos una sociedad más humana y menos interesada y tecnificada. Ahora, han inventado eso que llaman Inteligencia Artificial. Supongo que será un paso adelante en el avance de la Humanidad. Pero también dicen que puede hacer cosas muy malas... Tendrán que estudiarla a fondo antes de lanzarla al mercado. Vamos, digo yo.

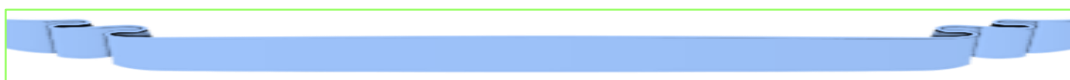
No sé, el Hombre está loco y cuerdo. Tiendo a pensar, en esta etapa de mi vida, que más loco que cuerdo. Se cree Dios y, en comparación con el resto del Universo, no es nada. Pero nada, nada. Ése es su pecado, ése es su problema, la falta de humildad. Yo bastante tengo con seguir cuidando de mis hijos porque hace años que mi marido no está y las he pasado canutas teniendo que



rehacer mi vida sola porque ambos hace tiempo que levantaron las alas al vuelo.

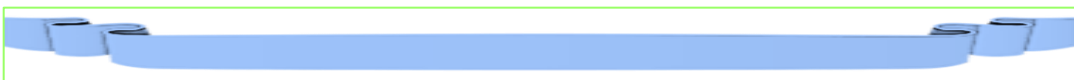
Si un día me dicen que de vieja me tocaría vivir sola, no me lo hubiera creído, con lo que me ha costado sacar adelante a mi familia, con lo que los he querido y me han querido. ¡Ricky me adora! Lo suyo es una especie de obsesión hacia mí. Me llama todas las noches, aunque yo le he pedido que mejor lo haga solamente una vez por semana, los domingos y él no lo entiende y yo no le digo el por qué. Pero quiero que, poco a poco, se vaya despegando de mí para el día en que yo falte, él ya esté más acostumbrado a no bailar entre mis faldas. Porque el cordón umbilical se rompe, pero el cordón psicológico puede durar por los tiempos de los tiempos...

IÑAKI FERRERAS
España



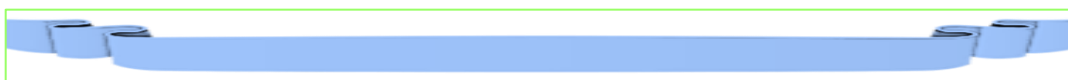


ÉRASE UNA
VEZ UNA GATA
LUIS J. GORÓSTEGUI



Telepatía, del griego τῆλε tēle, «lejos» y πάθος pathos, 'pasión, emoción'.

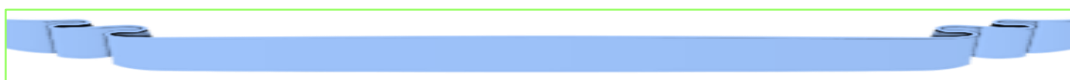
Os voy a contar algo que me contó una vez mi gata cuando despertó de la siesta: «Érase una vez una gata que viajó a la Luna —me dijo como quien contara un cuento—. Lo hacía a menudo, normalmente al atardecer, mientras dormía la siesta acurrucada en un rincón del sofá, pues allí tenía buenos amigos: unos pulpos pequeñitos que flotaban/levitaban/volaban (o algo por el estilo) a un palmo del suelo (o incluso más si se lo proponían, aunque no solían hacerlo muy a menudo salvo cuando bajaban a la Tierra) y con los que jugaba al escondite y al tú la llevas. Allí se lo pasaba bomba subiendo y bajando por los ‘tirabuzones de éter’, como los llaman sus amigos; trenzando nubes transparentes de azúcar glas y descubriendo tesoros de pompas de jamón y miel para luego regresar a la Tierra a la hora de cenar. ¿Y sabes una cosa? —me preguntó como quien no espera respuesta—, pues que esa gata soy yo; ¿a qué hora cenamos?». Eso me contó, y, al decírmelo, sonreía felina como quien recuerda complacido el sabor dulce de su comida favorita: es que a mi gata le encantan los dulces, ¿sabéis? Pero me diréis que me lo estoy inventando todo, que no puede ser que mi gata hable, o que yo pueda entender lo que me maúlla/ronronea; ni que mi gata haya podido bilocarse a la Luna, y mucho menos mientras soñaba; que no es posible (ni racional) que se pueda viajar al espacio por telequinesis o como-quiera-que-se-llame-el-método-que-sea-que-



hubiera-usado; y que ya ni hablamos de que en la Luna puedan existir tales criaturas voladoras (aunque, respeto a esto último... ¿por qué creéis que ha surgido últimamente entre las naciones de la Tierra este repentino interés por viajar de nuevo a la Luna?; ahí lo dejo). Y siguiendo con lo de mi gata... sí, podéis echarme en cara todo lo que queráis, pero es que mi gata no es de este mundo, como os lo digo, aunque os cueste creerlo; la encontré una mañana de verano, temprano, caída en la boca de una alcantarilla... pero esa es otra historia. Porque, al principio, yo también pensaba que me estaba engañando; que, después de todo, aquello era simplemente fruto de un sueño, pero ¡si vierais cómo se me llena la casa de púlpitos de colores revoloteando por doquier cuando vienen a la Tierra a visitar a mi gata!

Y eso que, quizá, sí sea éste el momento de contaros esa otra historia. Veréis...

El puerto espacial de Oon-Moon ebulle las 27'31 horas/día, los 10'62 días/semana y los 13'72 meses/año, sin parar ni un microciclo. Situado en la luna Aan-Taar, alrededor del planeta Iaan-Poor, es el centro neurálgico de la ruta comercial del sector galáctico Raas-Mae y un nido de avispas de la peor calaña. Allí es desde donde opera con mano férrea el jefe Nees-Toor, el mandamás de todo ese cotarro: pirata, contrabandista y hombre (o lo que sea) de negocios sin escrúpulos; la peor de las víboras, sin duda, al que es mejor no engañar si aprecias en algo tu vida.



Pues bien, el día del intercambio amaneció diluviando con una lluvia densa y fría, lo normal para Aan-Taar, por otra parte. La Nausicaa amarró temprano en la dársena 103 y Haam-Let, su capitán y piloto, se preparó para la reunión.

—¿Seguro que no quieres que te acompañemos, Haam? —le preguntó Luus-Teer, su segundo al mando.

—Es mejor que os quedéis cuidando la nave, la Nausicaa es un caramelo demasiado goloso para estos andurriales sin ley ni orden —le contestó Haam mientras revisaba su arma láser.

—¿Y para qué demonios querrá Nees-Toor un Zeen-La de esos?

—Para nada bueno, supongo, pero nos contrató para conseguirle un ejemplar y paga bien... muy bien.

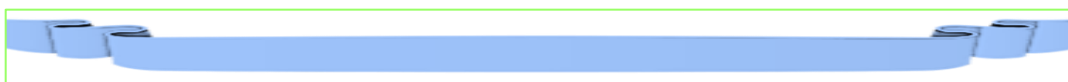
—¡Y tan bien!, teniendo en cuenta que esos animalitos no están a la venta y que nos hemos jugado el pellejo para robarlo de las mismísimas fauces de la Compañía Zeen-La que los cría en exclusiva, ya puede pagarnos bien. ¡La Compañía Zeen-La!; se me huela la sangre sólo de pensar en esos monstruos sin alma y sus acondicionadores de conducta... ¡menuda secta! Además, no me fio un pelo de la palabra de ese Nees-Toor de las narices.

—Desde luego, Luus, eres todo un optimista —le dijo Haam.

—Ándate con mil ojos —le advirtió Luus-Teer a su amigo.

Haam-Let cogió el contenedor donde dormitaba la cría.

—Tranquilo, Luus, ya me conoces —le dijo Haam—. Si no estoy de regreso en una hora marchaos echando leches.



Y, abriendo la compuerta de la nave, salió difuminándose en la densa lluvia.

—¡Mi querido Haam-Let, qué alegría verte! —exclamó el jefe Nees-Toor al verle entrar en su despacho custodiado por dos de sus esbirros—. ¡Veis! —les dijo a su banda—, ya os dije que se puede confiar en el capitán Haam-Let.

—Jefe Nees-Toor... —dijo Haam-Let sin entusiasmo y sin perder de vista su retaguardia.

—¿Qué tal, algún problema con el encargo? —preguntó Nees-Toor con un tono demasiado cordial como para confiar en él.

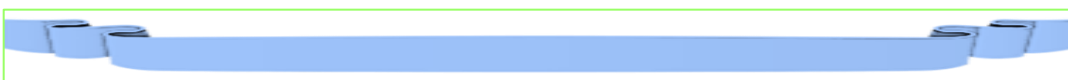
—No, ninguno, aunque ha sido más difícil de lo que pensábamos —le respondió Haam.

—¡Bueno, bueno, pero para eso eres el mejor, querido amigo! —dijo Nees-Toor golpeando fraternalmente la espalda del capitán—. ¿Aquí está el ejemplar? —añadió señalando la jaula que llevaba Nees-Toor en las manos—. ¿Puedo verlo? —y su voz denotaba impaciencia y desconfianza.

—Aún está durmiendo —alegó Haam—; habíamos quedado en...

—Sí, sí, claro, amigo mío, por supuesto —dijo el jefe—; traed la maleta —les dijo a sus esbirros.

Y dos tiarrones de vete tú a saber qué especie galáctica, grandes y feos como ogros, trajeron una maleta de metal y cerradura encriptada, una de esas que levitan un palmo por encima del suelo para llevarlas sin esfuerzo. El propio Nees-Toor



la abrió.

—Aquí tienes... coaxium refinado, seiscientos cincuenta millones en coaxium refinado de la mejor calidad —dijo el jefe mostrando las veinticuatro botellas herméticas de fluido fluorescente—; con esto se puede destruir un planeta entero.

Y, antes de que el jefe lo pidiera, Haam-Let sacó una pequeña ampolla de cristal con una muestra de sangre.

—Para el gradiente genético del Zeen-La —dijo Haam.

—Eso es lo que me gusta de ti, querido Haam, que no hay que pedirte las cosas dos veces —exclamó el jefe—; ¡bien!, tomemos una copa para celebrarlo —le dijo mientras uno de sus ogros se encargaba de certificar la autenticidad de la cría analizando el ADN de la muestra de sangre.

—¡Por nosotros, que nuestra alianza sea próspera e imperecedera! —dijo Nees-Toor haciendo chocar las copas.

—Por la paz en el mundo —añadió Haam-Let.

—¡Siempre serás un idealista, mi buen amigo! —le dijo el jefe con una sonrisa demasiado forzada.

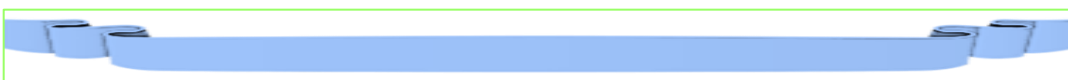
—Todo en orden, jefe —dijo el ogro.

—Perfecto —dijo el jefe—. ¿Oís?, parece que ya se ha despertado; veamos al invitado estelar —añadió.

Y Haam-Let abrió el contenedor que lo transportaba y la pequeña cabeza de una preciosa cría de gato asomó por la puerta.

—Aún no tiene nombre —dijo Haam-Let.

—¿Es hembra o macho? —preguntó el jefe.



—Hembra —respondió Haam.

—Tiene los ojos grandes y plateados como una luna llena...
Luna, la llamaré Luna —dijo Nees_Toor cogiendo a la cría—.
¿Sabías que estas criaturas poseen poderes?

—Algo había oído.

—Telepatía... bilocación... ¿Te imaginas?, ¡bilocación! ¿No
tienes curiosidad por saber para qué la quiero? —le preguntó el
jefe.

—No.

—¡Sí, señor!, ¡esto es lo que me gusta de ti!, sin preguntas;
haces el trabajo, cobras el dinero y te vas; sin complicaciones, sin
meter las narices, ¡cómo te quiero, Haam! ¿Otra copa?

Cinco minutos más tarde Haam-Let llegaba a su nave.

—¿Qué tal todo? —le preguntó Luus.

—Ahora veremos, pero antes salgamos de este antro
espacial.

Y la Nausicaa soltó amarras y se fue de Aan-Taar rumbo a
cualquier parte.

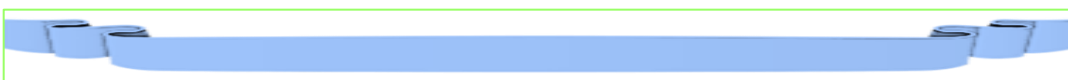
—¡Capitan, esto no es coaxium! —exclamó el joven Pou-
Luc, el técnico-analista de la nave.

—¿Seguro? —le preguntó Haam.

—Si esto es coaxium yo soy un o'atust venenoso del planeta
Ase't.

—Me lo esperaba —dijo Haam.

—¿Volvemos y se lo quitamos? —preguntó Pou.



—No. Salgamos de este sistema antes de que Nees_Toor venga a cazarnos.

—¿Y por qué tendría que venir a cazarnos?, el que nos ha timado ha sido él —preguntó Pou.

Y en ese mismo instante, en la guarida del jefe...

—¡Cómo que no! —gritaba el jefe todo iracundo.

—No, jefe, es una gata normal y corriente. Se ha quedado dormida y de la bilocación nada de nada.

Y, mientras, en la Nausicaa...

—Porque la gata que le he entregado al jefe tampoco es Zeen-La —le respondió Haam a Pou.

—¿Sabías que nos iba a engañar?

—Lo daba por hecho.

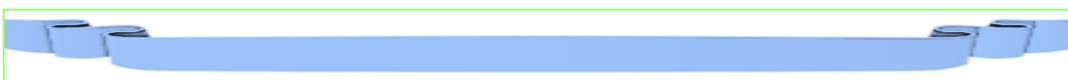
—¡Pero hemos perdido el dinero que íbamos a ganar vendiendo el coaxium!

—Bueno, aún nos queda la gata. Seguro que los de la compañía Zeen-La estarán dispuestos a pagar una bonita cantidad por su extraordinaria gata mística, ¿no te parece? —dijo Haam.

—Capitán, nos sigue una de las naves de Nees-Toor —dijo Luus.

—Tenemos que quitárnosla de encima, Luus, ¿dónde está el agujero de gusano más próximo?

—A ver... A 1'357 parsecs, capitán; dirección 7'313.



—Bien, lo utilizaremos como escondite.

Y la Nausicaa giró 37 grados nornoreste, aceleró a velocidad 5'3 y desapareció en el agujero de gusano, pero a 7/8 del final se abrió paso por un lateral.

—Siguen ahí, capitán; nos pisan los talones.

—Bien, plan B: esconderemos la gata en un lugar seguro y haremos que Nees-Toor nos persiga. Artillera Nee-Rea, ¿lista para disparar?

—A sus órdenes, capitán —le respondió Nee-Rea.

—¿Cuál es el planeta habitable más cercano, Luus?

—Veamos... La Tierra, según nomenclatura humana... los nativos del lugar... ¿Pero la gata estará segura allí sola?

—Tranquilo, Luus, esta gata es más que una gata; estará bien. Cuando nos deshagamos de Nees-Toor volveremos a por ella.

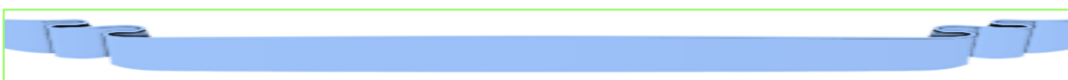
Y colocaron a la gata Zeen-La en la plataforma y la teletransportaron a la Tierra.

—Dispara a discreción, Nee-Rea, que nos vean bien.

—Dicho y hecho, capitán —respondió la artillera.

Y los disparos se entrecruzaron entre ambas naves y, acelerando, la Nausicaa se introdujo de nuevo en el agujero. La nave del jefe Nees-Toor les siguió detrás. Y ambas desaparecieron como tragados por la nada.

La gata, mientras, fue a parar a una ciudad costera. Y, sabiendo lo que tenía que hacer, se dirigió con paso firme a la boca de una alcantarilla y allí se acurrucó y esperó a que la



encontraran.

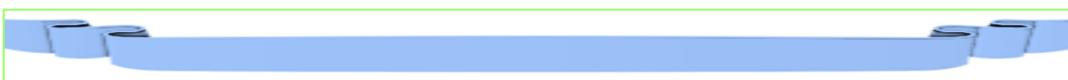
Cinco minutos más tarde...

—¡Hola, preciosos!... perdón, preciosa —le dijo un hombre tras fijarse bien—, ¿qué haces aquí sola?, ¿estás perdida?... ven... ¿tienes hambre?

Y el hombre la cogió en brazos.

—¿Tienes nombre? —y la gatita ronroneó—. ¿Lunar? —la gatita volvió a ronronear—. ¿Luna?, ¿te llamas Luna?; bien, Luna, ¿te gusta la leche dulce?, sí, claro que sí. Siempre he querido tener una mascota, ¿sabes, Luna? —y el hombre giró a la derecha en la primera esquina rumbo a su casa.

Así fue cómo encontré a Luna un amanecer de verano cuando regresaba de comprar el pan. Porque aquel hombre era yo. Y esa fue la historia que ella misma me contó sobre quién era y cómo había llegado hasta mí. Porque una cosa sé seguro: no fui yo quien la encontró, sino que fue ella quien me encontró a mí. Sí, yo también me sorprendí cuando comprendí que entendía lo que ella me decía con sus ronroneos/maullidos, como si me transmitiera su pensamiento y pudiera leer el mío. Porque Luna no es una gata normal y corriente, ni mucho menos, Luna es mucho más que una gata; y eso, a veces, me asusta. ¿Que qué fue de la Nausicaa, con el capital Haam-Let y su tripulación, y del jefe Nees-Toor y sus ogros? No tengo ni idea y espero que nunca lo sepa, por mi bien, el de Luna y el de la humanidad.

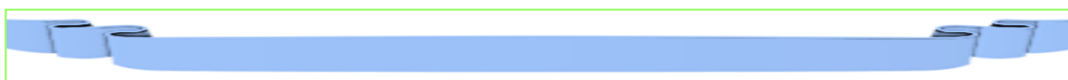


LUIS J. GORÓSTEGUI

España

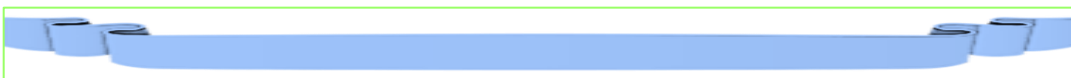
Blog: <https://observandoelparaiso.wordpress.com/>

Twitter: <https://twitter.com/ObservaParaiso>





ODIAR TAMBIÉN
SIGNIFICA AMAR
CRISTINA H.



Después de una larga jornada de trabajo, busqué una mesa y una silla para sentarme a comer. Eran las tres de la tarde y todavía no había almorzado. Respiré un momento antes de coger mi tenedor para empezar a comer, pero de repente sonó mi celular. Leí el nombre y respondí.

—Dime, Lili, ¿Qué ha pasado? —Pregunté a mi hija. Su llamada me causó preocupación por un momento.

—No, papá. Todo está bien en casa. Solo llamaba para avisarte que mamá ya llegó a casa.

—Está bien, hija. Sigán estudiando.

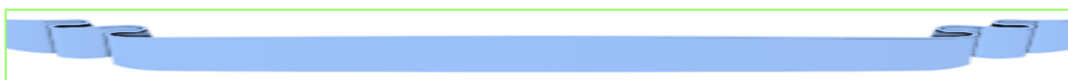
Al terminar la llamada, vi una notificación de Facebook, donde vi que mi hermana había comentado algo en una foto de alguien, así que la revisé para ver quién era. Al hacerlo, vi una foto que me hizo estallar de enojo.

“Un día hermoso en Cataluña”.

Observé la foto de mi hermano Eddy Caseres. Inmediatamente apagué mi celular y almorcé de mala gana. Además de estar enojado con Alice, mi hermana, por el comentario que le puso:

“Eres el mejor hermano que tengo”.

Al finalizar mi jornada laboral llegué a casa enfadado por la publicación que acababa de ver sobre ese tonto e inútil de mi hermano. Sin saludar a mis hijas y a mi esposa, me encerré en mi cuarto y al botar mis cosas con fuerza, derribé unos papeles y un



cuaderno viejo. Al recoger el cuaderno, recordé que en él escribía historias y poemas que encantaban a mis compañeros de universidad. Claro, eso era antes de que odiara la literatura. Y eso tenía una explicación. A él le gustaban mucho las letras; era un buen escritor. Pero desde que él abandonó a su familia y le mintió a mamá, no lo perdono.

—Qué buenos tiempos aquellos en los que amaba escribir poesía. —Me dije a mí mismo al ver mis poemas escritos en las páginas.

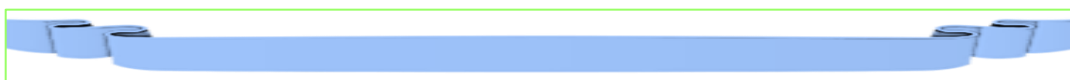
Sin querer, leí uno de ellos que ni recordaba haber escrito.

*En la perfección del amor y lealtad,
brilla tu luz, hermano, en realidad.
Mi guía en la oscuridad, mi salvador,
siempre estás a mi lado, con valor.*

*Desde niño, los insultos recibí,
pero tú, héroe, a mi lado estuviste allí.
Te admiro por tu fuerza y valentía,
Sueño ser como tú algún día.*

*Eres mi ejemplo, mi inspiración,
en cada paso, me das motivación.
Hermano querido, eres mi apoyo fiel,
en ti encuentro amor, cariño y miel.*

*En cada batalla, juntos enfrentaremos,
nuestra unión y lazos nunca se romperán.*

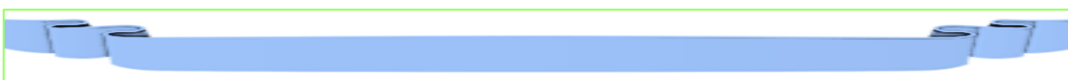


*Eres tú, hermano, mi roca y mi guía,
en este camino, siempre estaré contigo en armonía.*

Al leer este poema, es cuando lloro sin quererlo. Mi mente regresa al pasado, al momento en que comencé a odiarte. Fue un 10 de octubre de 1995. Me habían llamado para avisarme que papá había fallecido de un ataque cardíaco, yo estaba en Lima estudiando la carrera de arquitectura y la noticia me sentó fatal, lloré como nunca, porque él era la persona más linda del mundo y sabía que yo, su hijo más travieso del mundo iba a lograr grandes cosas fuera de la ciudad, él confiaba en mí y ahora que ya no estaba me sentía vacío. Entonces, sin pensarlo, regresé a la ciudad de Iquitos para acompañar a mi familia en su peor momento. Pero al morir, la familia cayó en quiebra por las deudas de la empresa, ninguno de nosotros sabía cómo andaban los negocios de papá y el banco nos quitó todo y nos quedamos con una deuda millonaria. Eso provocó que nos quedáramos sin nada.

—Max, ¿Y ahora cómo haremos para enterrar a tu papá? — preguntó mamá preocupada.

Permanecí en silencio un rato, pensando en qué podía hacer. Había abandonado la Universidad Nacional Federico Villareal porque ya no tenía cómo pagarla; sin mi papá, todo se había ido al traste. Entonces, de tanto pensarlo, recordé a mi hermano Eddy. Él se había ido a España para cumplir su sueño de ser director de cine. Y como él era inteligente, pensé que podía ayudarnos. Corrí desesperado a un teléfono público y con las



pocas monedas que me quedaban, lo llamé.

—Hola Maxi, ¿Cómo estás? ¿Por qué me llamas a esta hora, es muy tarde? —Cuando escuché su voz, pude sentir un poco de esperanza y respondí— Hola Eddy. Te llamaba para avisarte que papá acaba de fallecer y necesitamos dinero para enterrarlo. Estamos pasando por un momento horrible. Y tampoco sé qué hacer. —Y sin querer, las lágrimas brotaron de mi rostro.

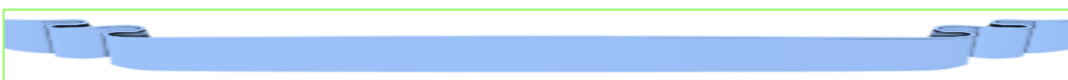
—Tranquilo, Maxi. Yo les enviaré un poco de dinero de mis ahorros para mamá, para que puedan enterrarlo.

—Te lo agradezco, hermano. Eres un ángel.

Al escucharlo, fui corriendo a la casa para decírselo a mamá. Pero al ir al banco, el dinero nunca llegó. Y mis hermanas tuvieron que vender sus cosas para pagar el entierro de mi papá. Ese desgraciado nos había mentido, y recuerdo una vez que le grité.

—¡Eres un baboso, hipócrita y mal nacido! ¡Papá te dio todo para que fueras exitoso y así es como le pagas! ¡No recuerdas la plata que él te enviaba porque te morías de hambre allá, bestia!

Solo colgó el teléfono y no respondió. Desde ese día, dejó de ser mi hermano; solo pasó a ser un tarado. Y más me enojó saber que mientras yo estaba en Lima estudiando, él vendió todas mis cosas de arquitectura. Con solo enterarme de eso, lo odié más y no quise saber más de su nombre. Prometí que lo buscaría para matarlo por haberse olvidado de su familia. Desde que se fue al ejército, llegó cambiado. Antes era el hijo correcto y honrado que



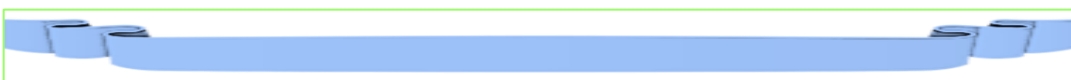
siempre pensaba en nosotros. Desde que él decidió irse a España para cumplir su absurdo sueño, de ser director de cine, se descarriló y nos olvidó. La desilusión fue bastante grande porque cada vez que lo recordaba, explotaba de rencor, y para desahogarme, escribí mi último poema.

*¿Por qué, vida cruel, me hieres así?
¿Por qué me arrebatas a mi hermano querido?
¿Por qué me arrancas al amor de mi vida,
dejándome triste y desamparado, perdido?*

*Las preguntas se agolpan en mi mente,
busco respuestas en la oscuridad latente.
¿Por qué, oh vida, me golpeas sin cesar?
¿Por qué me haces sufrir y desesperar?*

*Mi corazón llora en silencio y dolor,
extraño su risa, su abrazo, su calor.
La ausencia de quien tanto amé me hiere,
y en la soledad, mi alma se pierde...*

Quería seguir escribiendo, pero cada vez que lo hacía, sus recuerdos me invadían y ese día, abandoné la poesía y cualquier cosa relacionada con la escritura porque me recordaba a Eddy. Y siempre que mis hermanas mencionaban su nombre, me enojaba y lo insultaba por lo que había pasado, y la herida nunca se curó. Cuando fui padre de familia, vi que mi hija menor era buena en letras, y eso me alteraba. No porque considerara que estaba mal;



al contrario, tenía algo más para alegrarme por ella. Pero me recordaba a mi hermano, y pensaba que en cualquier momento ella también haría lo mismo que él. Por eso, cada vez que la veía escribir, le decía:

—Escribir historias tontas no te dará de comer, Miranda.

En varias ocasiones, ella se quedaba callada, sin decirme nada. Sé que le hacía daño, pero era por su bien. Muchas veces la vi llorando al ver que tiraba sus escritos a la basura. Pero para mí, el miedo seguía dentro, y los recuerdos me asaltaban. Al salir de mi cuarto ya calmado, veo que mis hijas están sentadas comiendo en la mesa. Mientras, voy camino a la cocina para ver a mi esposa.

—Hola, cielo. —Digo tímidamente, porque ya sabía lo que me iba a decir.

—Hola, cariño, ¿cómo te fue en el trabajo? —Responde con la intención de cambiar de tema, porque sabía que había recordado a mi hermano de nuevo.

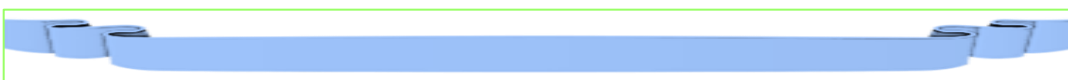
—Solo quería decir... Nah, ya no importa. Me puse así porque vi la foto de ese desgraciado en Facebook. Y ya sabes que lo odio y quiero que se muera por mentiroso. No puedes culparme por ser así.

Veo que ella suspira y de manera calmada dice.

—¿Sabías que hoy leí un artículo sobre el amor y el odio?

—No es importante. —Respondo para que deje de hablar de eso.

—El odio y el amor son emociones muy intensas que a veces



pueden estar interconectadas. Puede significar que cuando amamos a alguien profundamente, también podemos experimentar sentimientos de odio hacia esa persona en ciertas circunstancias.

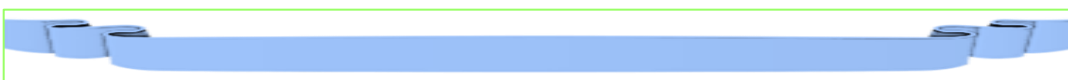
—¿Qué quieres decir con eso? —Pregunto, sin entenderla.

—Lo que quiero decir es que, en realidad, sigues amando a tu hermano. Por eso, siempre que escuchas o ves a tus hermanas hablar con él, recuerdas las cosas que hizo y por qué te desilusionó. Al principio, lo adorabas y creías que él te ayudaría. Además, las personas que decimos odiar a alguien o hablamos mal de él o ella, significa que alguna vez lo llegamos a amar, porque nadie habla mal de una persona que no amó. Y si seguimos con el rencor durante mucho tiempo, significa que esa persona hizo algo que nos decepcionó y por eso pasamos a odiarla, cuando antes la adorábamos.

Al escucharla, cojo un vaso de agua y al tomarlo, pienso sin querer. Sí es verdad, él me decepcionó, por eso pasé a odiarlo. Y a criticarlo durante bastante tiempo.

—Además, no odiamos a una persona que no conocemos o a quien no le importamos. Lo que quiero decir es que el odio hacia alguien es una expresión distorsionada de un vínculo emocional profundo.

Me quedo en silencio al escucharla; tiene razón. Creo que en realidad lo extrañaba, pero no quería darle la razón, y veo que ella, al verme callado, agrega poniendo una mano sobre mi rostro



y mirándome a los ojos:

—Odiar también significa amar, Cariño.

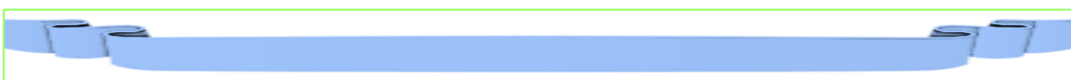
CRISTINA H

Perú

Instagram: [@cristina h 14](#)

Twitter: [@cristina h 14](#)

Facebook: [Cristina H escritora](#)

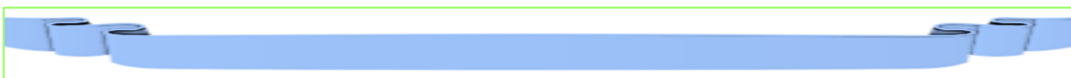




NOCHE DE

LUJURIA

CLARA GONOROWSKY



Me prometió no separarse ni un minuto y yo temblé de solo pensar en tanto apasionamiento. —Será una noche inolvidable—, pensé. Ingresamos al dormitorio, me puse un camisón ligero para facilitarle su accionar, nos acostamos y comenzó la danza de abrazos.

Yo lo sentía suspirar y me tensaba pensando en la fuerza de su posesión.

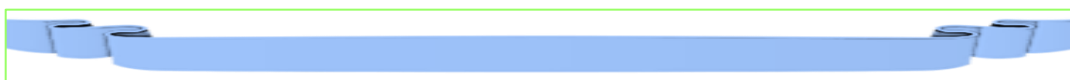
Al principio sentí entusiasmo, un acaloramiento invadía mi cuerpo, mi extremidad se estiraba como queriendo atrapar el momento, pero en la medida que el cansancio se apoderaba de mí, empecé a percibir cada apareamiento como un hostigamiento, cada exhalación suya, un sofoco.

La mañana me encontró exhausta, angustiada y con el agobio de saber que no me lo podía, aún, sacar de encima.

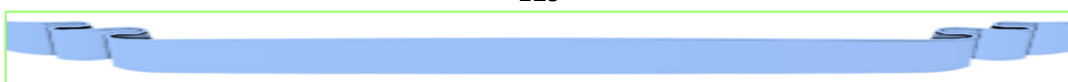
Me vestí, observé mi rostro demacrado en el espejo, tomé con mis manos temblorosas la llave del auto, subí con él aferrado a mi brazo y partí. Socarronamente, me seguía susurrando al oído. No tenía límites, no había final.

Llegué al establecimiento y cuando escuché mi nombre, una luz de esperanza abrigó mi corazón.

—Quítese la ropa—, me indicó la cardióloga y empezó a desenchufar los cables del grabador; a continuación, me quitó el brazalete que había tomado mi presión durante veinticuatro horas.

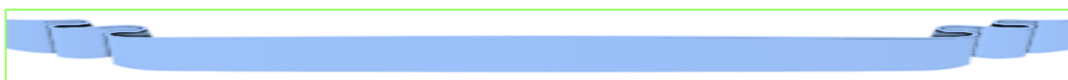


CLARA GONOROWSKY
Argentina





DICIEMBRE
SIN TI
AMALIA RENGEL



P

*ara qué me curaste cuando estaba herido... Si hoy me
dejas de nuevo el corazón partió...*

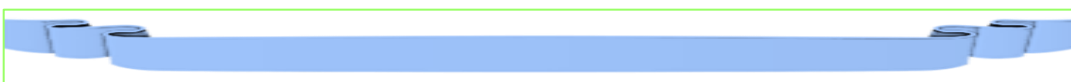
De diciembre a diciembre, Anais. Siempre se cumple un año más y con él, todas las ganas de gritar lo que tú corazón siente. Pobre Anais, contemplando las luces de las largas avenidas ataviadas de colores, con muñequitos rojos, verdes y blancos, con los villancicos que no dejan de sonar, pero tú, tu Anais, sigues cantando, siempre la misma canción.

Por qué me curaste... si hoy me dejas el corazón herido...

¿Cuántas veces rememoraste esa canción? Cuando tu corazón quedó de nuevo desolado y vacío... Fue tu compañera por mucho tiempo y al oírla lo recordabas a él y tu corazón volvía de nuevo a agrietarse.

Azul intenso o azul del cielo cuando amanece claro en la mañana, dibujado con suaves nubes aterciopeladas. Así describe Anais este amante suyo. Aquel que un día llegó a su vida, como brisa fresca, como canto alegre de nostalgia y dolor. Ella sabe dónde estás ahora y este diciembre, como todos los demás, tu corazón lo llorará, con nostalgia de año nuevo, con lágrimas saladas de recuerdos y con la simpleza de saber que nunca más lo volverás a ver, que ahora se ha ido para siempre y aún, en tus recuerdos, parece que su imagen se desdibuja. Todo, su risa, su voz, su caricia tierna y esa forma de decir, sin decir nada.

De piel morena, ojos negros, de mirada dulce, de caricias inocentes, de corazón acompasado y de suave risa. El amor que

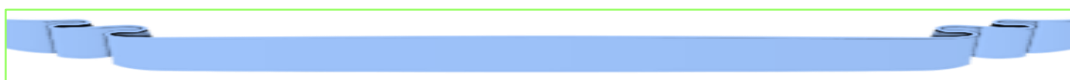


llegó a su vida, en el fracaso de su matrimonio, el paréntesis que la inundó tan sólo por un año. Con él, Anais vivió el romance más hermoso de su vida, quizás el que siempre esperó tener en su adolescencia. Él fue su compañero de arte y eso la transportó a su lado mágico. Con él, dibujó el amor, así como creo poemas, canciones y bailó al son de sus más ilusas melodías. Se encontró probando dibujar sus sueños y logró encontrar en él su más perfecta inspiración...

Sólo había un detalle, él era menor que ella seis años, soltero y con la ilusión de una vida que, Anais sabía, no podía darle.

Al principio, jugaron a no sentir nada. Compañeros mudos de un deseo que se formaba con cada mirada. La primera vez que se encontraron solos, él la abrazó, pero besó su frente cuando ella deseaba ser besada como hacía mucho que no lo hacía su esposo. Entendían que lo que sentían no podía ser y delante de los demás ocultaban su deseo, pero al quedar solos las manos de él se movían en caricias leves en su nuca, en su mano o en sus brazos y Anais las soñaba y las deseaba cada vez.

Sólo podían mirarse y contener sus emociones al estar juntos porque la atracción era más poderosa que todos los obstáculos, pero luego, un inesperado beso lo transformó todo. Él la besó ese día de manera inesperada para ambos. Anais dibujaba un boceto que debía convertirse en un modelo de un evento que se promocionaba y, como siempre, él desde atrás contemplaba y



sugería. Ella dibujaba consciente de su calor hasta que sintió la leve caricia de su mano en su nuca la cual fue reemplaza luego por su boca suave y ligera. Ella volteo, sin querer, rozando sus bocas y separándose al instante. Ella se levantó indecisa y ambos se quedaron de pie, mirándose hasta que él se acercó y la volvió a besar.

—Me gustó tu beso, le dijo luego...

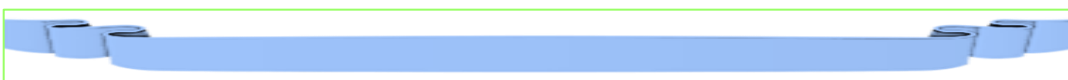
—¿Cómo describir ese beso? —me has dicho— si las sensaciones no puedo revivirlas exactas con palabras.

Me dijiste que ese beso fue el más maravilloso que te pudieron haber dado en mucho tiempo. El más dulce y exquisito beso que esa noche no te dejó dormir y por primera vez sintió que estar sola en la cama, donde su esposo una vez más no llegaba, no le era doloroso. En cambio, se sintió libre para soñar.

Revivió una y otra vez aquel beso en la cama matrimonial y evocándolo a él se dejó llevar con la caricia de sus manos. Fue feliz fugazmente, pero no le importó.

¿Por qué curaste su corazón si a la final lo volviste a romper en mil pedazos?

Anais, se dejó llevar ese año por los besos y las caricias de quien fue por mucho tiempo su más grande ilusión. Jugaron a quererse, aunque nunca hicieron el amor. Pero como siempre el final llegó y ella volvió a llorar, otra vez, la desilusión de un amor que no era para ella. Y así, se convirtió cada diciembre en una triste melodía.



Se separaron... Él le dijo que era lo mejor y ella como siempre aceptó sin pensar, sin reclamar, sin rogar. Y es que Anais nunca rogó, salvo a su esposo, tantas veces hasta que se cansó.

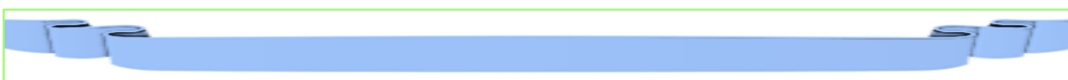
Anais lloró su partida como se pierde a un ser querido y con ella lloró a su primer amor, a su hijo muerto, a los engaños de su esposo. Nadie supo nunca cuánto lloró y jamás nadie se enteró de semejante amor secreto...

Se mudó a otro país porque su matrimonio fracasó. Se fue con las ganas de olvidar y comenzar de nuevo. Pensó que mudarse haría su vida más fácil, diferente. Otra vida, otras costumbres y un nuevo comienzo. Pero qué equivocada estaba...

Cuando la tristeza la embargaba en medio de su soledad sólo se detenía a mirar por la ventana el camino y se lo imaginaba a él y volvía a llorar a solas, como siempre. Nadie nunca supo de su dolor y es que Anais no tenía amigas, de esas que son fieles y se cuentan hasta los secretos más ridículos. No. Ella no tenía con quien llorar...

Después de diez largos años lo volvió a encontrar, cada uno con un dolor diferente, con las ganas de volver a empezar una nueva historia llena de esperanzas, ya no había nada que pudiera impedir ir más allá de una amistad. Él se lo propuso un diciembre, en vísperas de año nuevo, pero ella no le respondió. Quizás tuviste miedo, Anais...

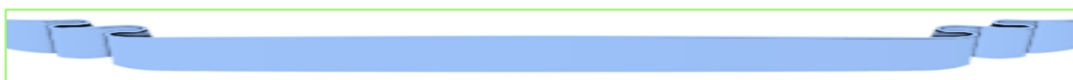
Una oportunidad que no llegó... diciembre se fue Anais, se fue sin él y llegó enero y pasaron los meses y él no volvió. No volvió



nunca más. No hubo tiempo de despedida, no hubo un adiós, ni un hasta luego. Su vida se esfumó y ella, Anais, quedó con el corazón partío. Dudoso, lloroso...

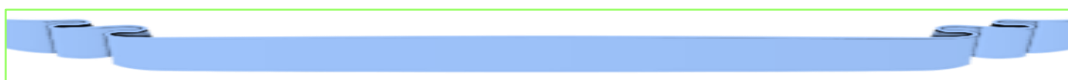
Ahora, cada diciembre, cuando suena la última campanada y todos gritan: feliz año, cuando recibe el abrazo de sus hijos y de su madre una lágrima rueda por su mejilla y vuelve de nuevo a evocar su recuerdo. Recuerdos que se van con cada año, que se transparentan con el paso del tiempo... mira de nuevo ese camino y se pregunta, si... que hubiese pasado si... pero ya es tarde.

AMALIA RENGEL
Venezuela



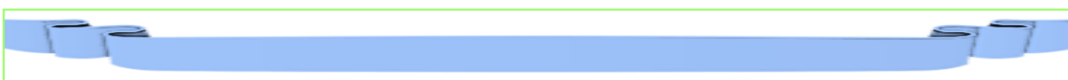


REGALO
HILDA CURUTA
YUCRA



Era mi quinta navidad y solo había recibido peluches, este año siento que va ser distinto. Mis padres salieron de viaje, irían a la casa de mis abuelos. Regresaron tres días después, cuando llegaron se sentía distinto el ambiente, no parecían los mismos de siempre, andaban de mal humor. Una horrible sensación se apoderó de la casa, pero el comportamiento de mis padres era extraño del mal carácter. Empezaban a consentirme en todo, incluso decoraron todo para recibir la navidad cosa que nunca hacían. Pusieron luces, el árbol de navidad, el nacimiento más grande y genial, me sentía muy feliz, pero a su vez asustada, inquieta ya que ellos no eran así, sus miradas eran muy pesadas y parecía que me querían hacer algo.

Pasada nochebuena me levanté a las 6:00 am, para abrir mi regalo, esperanzada de recibir este año algo distinto. Mientras rompía la envoltura mi corazón latía muy rápido por la emoción. Al lograr abrirlo totalmente, me di con la sorpresa de encontrar un conejo, este era Pascua, estaba sin cabeza y le habían abierto por el estómago. Tenía una nota que decía “feliz navidad querida hija, el peluche de este año te encantará mucho, ya que lo querías demasiado”. Al terminar de leer la nota mis padres me llamaron desde la cocina: “Ana, ven a desayunar”. Fui y los encontré comiendo algo extraño que parecía sesos, retrocedí como pude y salí apresuradamente por la puerta de adelante sin importarme nada. Comprendí que mis padres nunca volvieron, escapé de lo

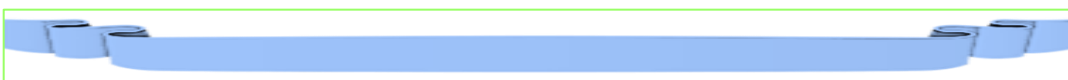


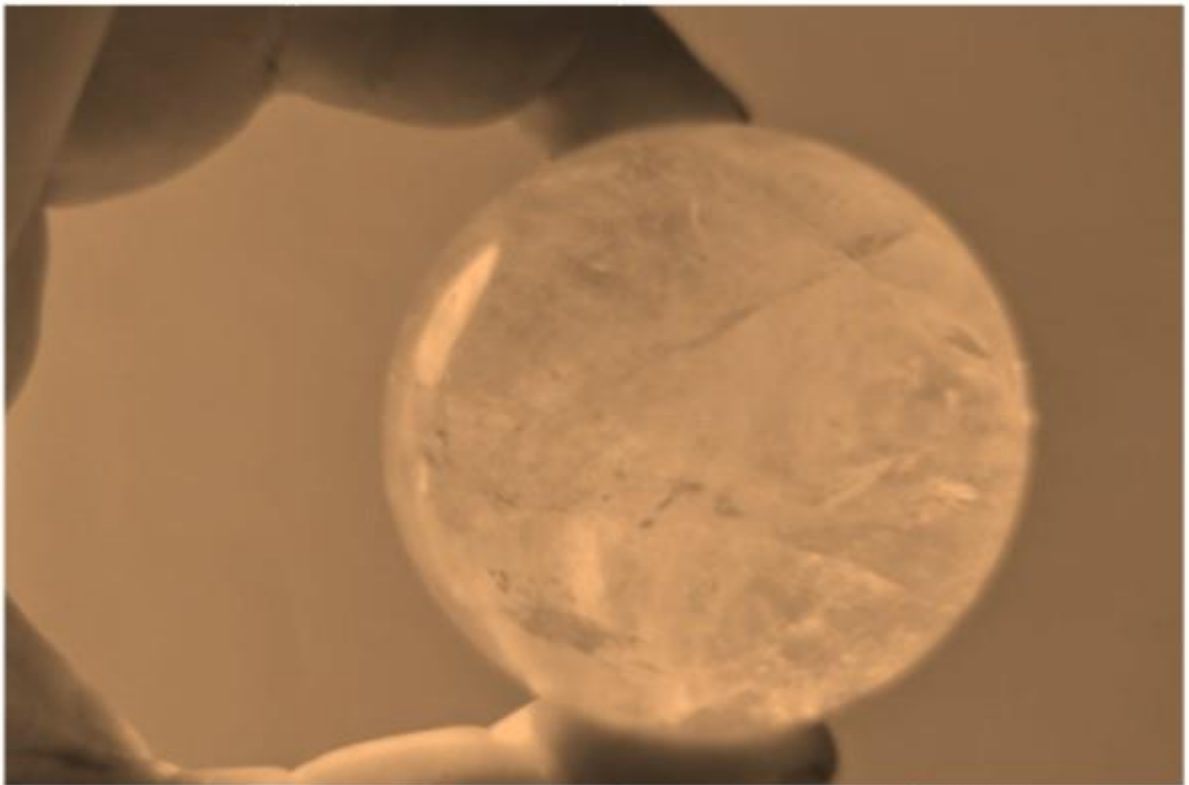
que creía mi hogar. Ahora a través de mis escritos cuento lo que me pasó, llevo tres años de hogar en hogar, y siempre termino escapándome, en busca de un regalo diferente que me den mis nuevos padres.

HILDA GURUTA YUCRA

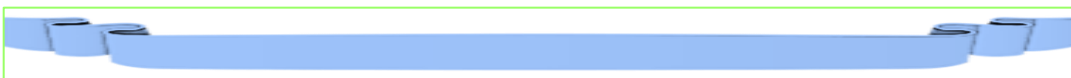
Perú

Facebook: <https://web.facebook.com/dulce.curita.5>





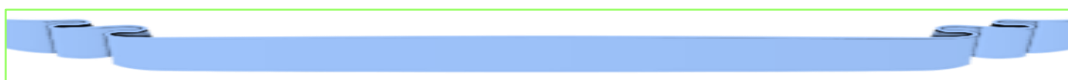
LA ESFERA
KABUGI
JUAN E. NÁPOLES
BORGES



En el centro del continente Kudáalqoom se encuentra Kanemba, tierra rica en sal, perlas de agua dulce y bellos tejidos. No es frecuente encontrar gemas preciosas, de ahí que fue una sorpresa cuando los enanos, mayoritarios allí, descubrieron ese cristal de roca (cuarzo) en bruto. Solo con verlo supieron que era especial, y la tallaron con esmero para otorgarle brillantez. El resultado fue una hermosa esfera, destinada a usarse como talismán. Por el este, los kanembos tenían como vecinos a los elfos de Ghanaru, y el soberano enano se la entregó como regalo de coronación a Igbá Oyambé, recién nombrado mense (rey). Los elfos son conocidos por su aprecio a los objetos mágicos, y la aceptaron muy agradecidos.

Sin embargo, el odduógbo, guía espiritual y mágico, tan pronto la contempló, advirtió al mense que tal artefacto llamaría la atención de los oscuros, pues las numerosas variedades de cuarzo como el ágata, el jaspe, la amatista y el citrino; son muy codiciadas tanto en magia blanca como negra.

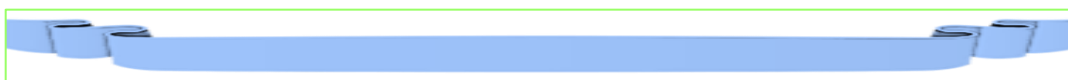
El mense desestimó las objeciones de su consejero, y declaró que era un hermoso regalo que simbolizaría la prosperidad de su país. Viendo el entusiasmo de Igbá, el consejero, aún con reservas, conjuró el objeto en ceremonia llevada a cabo en el palacio de Djarangané, la capital. La nombró Esfera Kabugi o del Nombramiento, en alusión a su soberano, el primero del clan Oyambé en ocupar el trono. Desde entonces, fue usada en las



prácticas de clarividencia y con fines curativos, lo cual acrecentó el prestigio y la fama de Ghanaru, ya de por sí el más poderoso estado de la gran sabana continental. Sólo el guía espiritual podía utilizarla con cuidado, ya que en Shalbán la magia del cuarzo tiende a ser volátil si se carece de suficiente experiencia o no es bien encauzada. Pronto, otros estados y jefaturas supieron de su existencia, y junto con ellos, los oscuros.

En Shalbán el robo de objetos mágicos es un fenómeno muy conocido. Ya se trate de esferas, amuletos y talismanes variados, calaveras de cristal e incluso báculos, aquellos que roban objetos para entregárselos a oscuros o a los adeptos de la magia blanca son bien recompensados; a veces invitándoles para que vivan en los territorios de quienes se vieron beneficiados con el robo o el rescate. No debe extrañar pues, que tan excelsa pieza fuese codiciada por los murúndes, hechiceros del valle del Mwanga. Precavidos, los elfos la protegieron escrupulosamente durante tres generaciones, cambiando de cuando en cuando su ubicación. Durante este periodo cuatro veces intentaron robarla. Sin embargo, aunque las sospechas recaían sobre ellos, no había evidencias suficientes para probar que estaban involucrados en estos hechos.

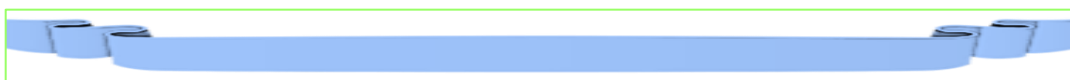
Siempre hay una primera, y durante el gobierno de Bambo Oyambé, el volcán Ouagadem entró en erupción dos veces en medio año. La gente comentó que era un mal presagio, afirmación afianzada cuando producto del segundo estallido, la ceniza llegó



hasta la ciudad. Los sirvientes y guardias estaban en función de proteger a cada criatura de la capital, en el palacio se descuidaron, y los espías del valle supieron en dónde se guardaba la esfera haciendo uso de la hipnosis manipuladora. Por medio de la magia y el engaño lograron llegar a Djarangané. Los sigilosos espías penetraron en el palacio, en fiera pero muy breve lucha el odduógbo fue asesinado, el objeto robado, y llevado al valle que toma su nombre por el gran río que lo atraviesa.

Fue obsequiada al hechicero Mukánda Útu, humari jefe del clan Wkaringa. Conjurada con su propia sangre, la esfera se volvió rápidamente un objeto maldito, adquirió un color gris sanguinolento y acrecentó la fuerza del clan. Enterado del robo, Bambo se mostró sorprendido, pero no atacó en un primer momento. Esperó por las noticias de los enanos, pues ellos tenían frontera con el valle por el oeste. Mukánda, por su parte, organizó un torneo ritual con los principales murúndes, un plan bien montado para proclamarse Nyabanga Murúnde (Supremo Hechicero); al tiempo que los mwangas celebraban con júbilo que la esfera ahora les perteneciese.

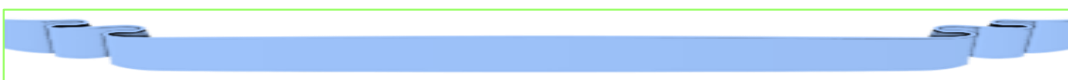
Pero nadie reparó en un detalle, ni siquiera los más fuertes hechiceros: el cómo, guiado por la ahora maldita esfera, la fuerza y temeridad de Mukánda aumentó en solo año y medio a partir del robo. El astuto jefe venció a sus oponentes mágicos, con lo cual recibió el rango de Supremo, y su clan se convirtió en el más fuerte de todo el valle. Informado, Bambo montó en cólera y declaró la



guerra. Los mwangas la esperaban, y el Supremo Hechicero conjuró nuevamente la esfera para que, esta vez, la sangre de los caídos, fuesen del bando que fuesen, fortaleciera su poder.

La guerra se extendió por casi dos años, pero la fuerza maléfica de Kabugi favorecía al valle. Pese a ocasionar fuertes bajas en las filas de los oscuros, los elfos no pudieron nunca penetrar mucho en la región. Los mwangas no estaban solos, sino que tenían como aliados a los duendes conocidos como demonios rojos, a los reptiloides fu'itghis, y a los más terribles: los grandes monos llamados mandriongos. La guerra comenzó a dañar a los elfos, y sin contar con respaldos semejantes, los hechiceros y sus aliados tenían tiempo para reponer sus fuerzas, gracias a la magia aumentada por el poder del objeto; impregnado con la sangre del ambicioso hechicero. Finalmente, Bambo sufrió una emboscada en la cual perdió la vida, provocando la retirada de los elfos; al frente de los cuales quedó N'nugu, su hijo, quien no tenía veinte años; y debía llegar a veinticinco para ser nombrado mense.

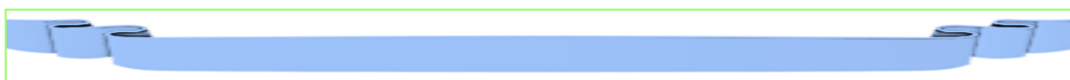
Sin sentirse vencido, el joven mafá (príncipe), entrenado en las artes marciales físicas y mentales de los gadureses, reorganizó sus fuerzas, y dio la impresión general de concentrarse en reconstruir su país durante los cuatro años que siguieron. Pese a colindar con el valle, entre los kanembos y los mwangas no siempre había tensión, pues contaban con “El Protocolo”, una ingeniosa diplomacia para mantener el equilibrio entre ellos, la cual involucraba el permitir el paso por los límites, congeniar



cuándo y cómo se entraba o salía del valle; y el intercambio de rehenes cuando las tensiones se elevaban como medio para cumplir con la palabra dada.

Pero ahora, sabiendo que por su amistad con los elfos podrían sufrir represalias, los kanembos, que habían sido neutrales en la primera guerra, se les unieron esta vez, ya que no permitirían a su territorio el convertirse en teatro de la nueva guerra que se avecinaba. Valientes y organizados, sabían alternar la diplomacia con ataques relámpagos. Sus guerreros armados con lanzas y montados en antílopes eran disciplinados, y diestros en el manejo de espadas-hachas. Njomo Dibbala, su soberano, se volvió un buen amigo para N´nugu, y junto con este el poderoso mago N´kému Owambo, quien no era enano sino humari, y que además de amigo fue un maestro para el joven elfo. Contaron con el apoyo adicional de los ubanyis, reptiloides leales a la magia blanca; y de los babugales, grandes monos oponentes de los fu´itghis y de los mandriongos.

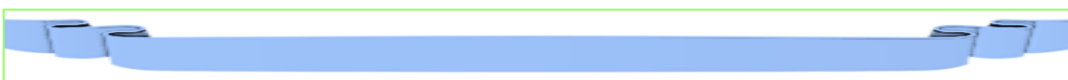
Con estos ejércitos más nivelados, la nueva guerra fue más brutal que la anterior. Duró cuatro años, con saqueos y torturas incluidas, más por la parte mwanga. La valentía y dominio de N´nugu con la espada, y la fuerza de Njomo con el hacha, envalentonaron a los combatientes; quienes avanzaron hacia el paso Moyanga, la entrada noreste del valle. El mago N´kému los acompañó, pues bien comprendió que sin su presencia, estarían desequilibrados frente a la magia negra de los mwangas, y podrían



perder la batalla.

Las semanas previas a la misma, varios temblores sacudieron la tierra, y dos días antes el estallido del Ouagadem fue tan fuerte que la ceniza llegó al valle. Con la conjura sobre la esfera y la ceniza cayendo, el cielo se cubrió de tinieblas, y multitud de relámpagos lo surcaron durante horas. Las criaturas del valle fueron las primeras en atacar, pero fueron frenadas por los arqueros elfos. Los enanos lanceros contuvieron un ataque masivo de los mandriongos, haciéndoles retroceder. Entraron en acción los murúndes, y entonces la batalla tomó un giro a favor de los oscuros, cuando la magia de ataque se cebó en los aliados; provocándoles múltiples bajas y abriendo una brecha para el contraataque maligno. El gran mago de Kanemba tuvo que hacer uso de todo su poder para detener la marea que amenazaba encerrar en una peligrosa cuña a los suyos, lo cual casi le provocó el colapso mortal; pues ya tenía más de cien años, y los mejores tiempos de su vida habían pasado.

La batalla de Moyanga duró más de seis horas, y la resistencia oscura fue enconada. Mucha sangre corrió ese día, y varios murúndes importantes perdieron la vida, antes de que los agresivos babugales despejaran el camino de los mandriongos, y los ubanyis de los fu'itghis. Finalmente, N'nugu y Mukánda Útu se vieron cara a cara. La pelea fue magistral, y con su rapidez, el elfo acabó por decapitar al hechicero. Luego de tan encarnizado enfrentamiento los aliados se impusieron, obtuvieron la victoria

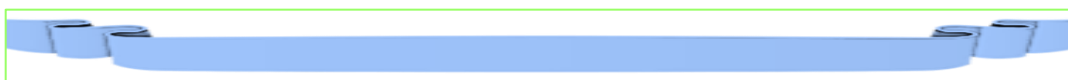


decisiva, y las tropas enemigas se retiraron. El príncipe ordenó desollar el cráneo y enviarlo a su tierra, donde adorna desde entonces el lado izquierdo de su trono, construido con huesos y colmillos de grandes animales; como una muestra de clara intimidación.

Por desgracia, la Kabugi no pudo recuperarse. Ambos bandos habían terminado debilitados por las dos contiendas, a las cuales conocerían en todo Kudáalqoom como “Guerras de la Esfera”. Ni a los aliados les convenía retornar al valle, ni a los murúndes vengarse, así que esa década de luchas terminó en tablas. Ikúmnda, el hermano de Mukánda, fue nombrado nuevo Nyabanga Murúnde, recibió la esfera, la llevó a la aldea de Barangui, y entregó su custodia a su sobrina Funni, hija de Mukánda.

Por su parte, la reconstrucción de Ghanaru ha proseguido bajo la sabia dirección del mafá. Pese a los años de confrontación bélica, la prosperidad no ha abandonado el territorio. Pero los elfos no olvidan que el artefacto mágico sigue en manos de los seguidores de la magia negra, y que su poder maligno podría acrecentarse. La Esfera no había sido elaborada para dar cabida al mal, pero para este ha sido utilizada, si bien Ikúmnda Útu ha sido más inteligente que su temerario hermano; y la utiliza solo cuando lo cree.

Un día, durante una celebración, el odduógbo del palacio sufrió un trance hipnótico y casi perdió el sentido. Volvió en sí, y



cuando pudo hablar, N´nugu le miraba preocupado:

—Tenéis mal aspecto —expresó—. Contadnos vuestro pesar, Ekeni.

—He tenido una visión —contestó este—. Mas, siento que... es confuso, ha sido brumosa.

—Vamos, manifestadnos vuestra inquietud. ¿Qué fue lo que visteis?

—Majestad, era gris, en tinieblas, sin formas precisas. Hasta que... fue tan solo un pestañazo. Vi como... unas formas que parecían andar a pie o sobre animales. Desconozco, mi señor, cuáles, o cuántas eran, puesto que desaparecieron enseguida, mas...

—¿Mas? —preguntó impaciente el joven.

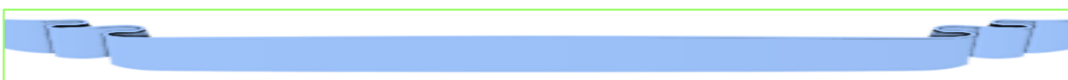
—Sobre una de ellas, atisbé algo. No sé cómo es, pero mi intuición se confunde. Majestad, lo lamento, interpretar más se me sale de las manos.

El soberano llevó al guía espiritual hasta un sitio apartado, y prosiguió:

—No comprendo qué decís, Ekeni. ¿Debemos temer algo contra Nos?

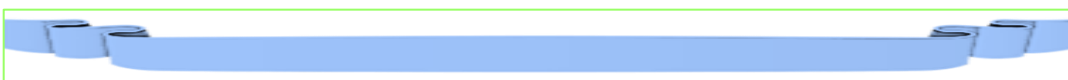
—Alteza, reitero que ha sido muy vagal. Os lo advierto, hasta un guía espiritual tiene sus límites de discernimiento. Recelo de lo visto, pero algo me dice que... Quién sabe, no soy digno de especular sobre este suceso.

Sólo el príncipe y un guardia de confianza escucharon las



palabras del odduógbo. Desde entonces, esperan cautelosamente, sin perder la esperanza de recuperar la Esfera Kabugi, y purificarla del mal responsable de tantas muertes y de una guerra que, aunque no muy larga; casi los arruina. Sigue en poder de los oscuros, y solo un guía espiritual como el odduógbo, un hada poderosa o el mago de Kanemba sabrían deshacer pacientemente la magia negra incrustada en el talismán. El mago N´kému aconsejó a N´nugu tener prudencia y calma. El joven elfo soporta la impaciencia, y confía en silencio, mientras vela porque ocurra algún evento, el cual, de favorecerlos; quizás contribuya a salvar la Esfera Kabugi, y devolverla a sus legítimos dueños.

JUAN EDUARDO NÁPOLES BORGES
Cuba



CONVOCATORIA FEBRERO 2024

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano.

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 96

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 de ENERO de 2024



ISSN 2591-3123

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 9 NRO 95 ENERO 2024



ÁLVAREZ BENAVENTE CALDERÓN CASTRO ALFARO
CONDORCALLO OCAMA CRISTINA H. CURUTA YUCRA
DE ESPINOSA DUQUE FERRERAS GARCÍA GONOROWSKY
GOROSTEGUI KAMINSKI NÁPOLES BORGES PALLARES
RAMACCIOTTI RENGEL RIVERO CHAPARRO SALDIVAR
SILVA SANTISTEBAN SPINOZA VELARDE
VILLANUEVA PARAVICINO

ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar
FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
TWITTER: @narratorioblog
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com

